



LOS DÉBILES
Jesusa Alfau de Solalinde

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



LOS DÉBILES

JESUSA ALFAU DE SOLALINDE

Raquel Velasco
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera
Volumen 1



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Jesusa Alfau de Solalinde, *Los débiles*
Primera edición digital: 1 de mayo de 2022
D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. La diáspora de <i>Los débiles</i> <i>Raquel Velasco</i>	9
<i>Los débiles</i>	
I. Vosotros conocéis estos viejos pueblos de Castilla y de León	33
II. En la estación del pueblo, cuando aún no se había detenido el tren	37
III. Aquel día, el de mi llegada, recorrí con Agustín nuestras antiguas posesiones	49
IV. Trasmontaba el sol aquella sierra lejana	61
V. En el antiguo comedor de la casona	81
VI. A la mañana siguiente abrí uno de los baúles de mi equipaje	95
VII. Pasados aquellos años de estudio, de recogimiento, de contemplación	103
VIII. Recuerdo siempre aquella mañana	113
IX. Mis dos primas, aquéllas que de Madrid habían ido al pueblo	117
X. Desde los ya remotos días de mi infancia	125
XI. Fuimos de la iglesia al caserón antiguo	129

XII. Terminamos la comida, y el cielo se nubló tenazmente.....	137
XIII. Algunos de aquellos invitados regresaron el siguiente día a sus pueblos	147
XIV. Al entrar en la iglesia doña Damiana, Agustín y yo	153
Noticia del texto	157
Jesusa Alfau de Solalinde. Trazo biográfico	159

PRESENTACIÓN

La diáspora de *Los débiles*

Raquel Velasco

Se ha escrito relativamente poco sobre la migración de los artistas e intelectuales durante los complicados años del último tercio del siglo XIX en el Caribe. De hecho, la mayoría de las reflexiones al respecto se centran en la entrañable faz de José Martí y su indiscutible relevancia en las letras hispanoamericanas, aunque las circunstancias involucradas en los procesos colonialistas de ese periodo —irresumibles en estas líneas— aparecen tematizadas en una infinidad de obras literarias representativas también de dicha itinerancia.

Tal es el caso de *Los débiles* (1912) de Jesusa Alfau Galván de Solalinde (1890-1943).¹ Su trama lineal y apa-

¹ Daisy Cocco De Filippis se ha encargado de rastrear los datos biográficos de la autora, mejor valorada tras el auge de los estudios estadounidenses sobre la migración de los escritores dominicanos a este país. Hija de Antonio Abad Alfau Baralt y de Eugenia Galván Velázquez, resalta entre los ancestros

rentemente sencilla gira en torno a cierta melancolía signada por una identidad transeúnte y el sentimiento de pérdida. Enraizada en la condición migrante, esta novela corta de Alfau —quien es heredera de una familia de intelectuales originarios de República Dominicana, pero oriunda de España— compendia los efectos de la extranjería en la condensación simbólica de trayectorias históricas y personales que insisten subterráneamente en el cariz atávico de un territorio extendido y consolidado a través de la lengua de Castilla y la hegemonía de la religión católica.

La escritura de *Los débiles* sucede una década después de que Alfonso XIII fuera proclamado rey de España en 1902, cuando el país entra en el último periodo de la Restauración, el cual culmina con la proclamación de la Segunda República Española, en 1931. Son años de turbulencia social provocada por la exigencia

de la escritora la presencia de su abuelo materno, Manuel de Jesús Galván, quien con *Enriquillo* (1882) dio origen a la primera novela histórica de la República Dominicana. Esta obra exhibe el pensamiento anticolonialista de una familia que, por el lado Alfau, también tuvo momentos de conservadurismo político. “Alfau Galván de Solalinde, Jesusa (1890-1943)”, en *Latinas in the United States. A Historical Encyclopedia*, vol. I, Vicki L. Ruiz y Virginia Sánchez Korrol (ed.), Bloomington/Indianápolis, Indiana University Press, 2006, pp. 37-38.

de cambio. Surgen sindicatos que discuten sobre el bienestar de obreros y campesinos; hay huelgas como resultado. Los moldes de la sociedad se trastocan con los aires de renovación y los remolinos de estructuras destempladas por el ritmo acelerado de una modernidad que confronta las sólidas resistencias del pensamiento conservador, anclado en un pasado colonial, cuyo último reducto en América se pierde en 1898, con la independencia de Cuba.

En todo caso, estos acontecimientos históricos transitan de manera subrepticia por la anécdota. La obra no puntualiza el tiempo de la acción, si bien la llegada de la luz eléctrica, la presencia del ferrocarril, el automóvil enfrentando a los carros tirados por mulas, así como la constante referencia a la civilización parisina y a los sectores privilegiados de Madrid —en rivalidad con el analfabetismo de las zonas rurales— proporcionan algunos indicios sobre una época cercana al primer aliento del siglo xx.

No es casual entonces que el tono de esta ópera prima, escrita por nuestra autora cuando apenas tenía dieciocho años, muestre la colisión de imaginarios. El vaivén de lo moderno en disparidad con el peso de la tradición se sostiene en un asombroso tejido de imágenes seleccionadas para equilibrar la estructura de la obra en el balance entre lo revelado y lo oculto, a partir de

una excepcional técnica narrativa derivada de las habilidades desarrolladas por Alfau en su formación artística como pintora.

De modo equivalente a la inclusión de motivos al interior de las manifestaciones plásticas, en los intersticios de esta novela corta se mezclan los umbrales de sentido. Las vicisitudes de un poblado entre Castilla y León sirven de atmósfera para presentar las rígidas concepciones religiosas y de linaje vulneradas por la urgencia de abrir el razonamiento a nuevos paradigmas. Sin embargo, acaso el mayor hallazgo de *Los débiles* sea la colocación pictórica de sus contenidos. En un primer estrato, la autora plasma la recuperación casi costumbrista de los ambientes y las situaciones, mientras en un segundo nivel esconde su severa crítica a las rémoras de una sociedad avasallada por la necesidad de cerrarse a influencias externas y dominada por las ataduras de los dogmas católicos.

Este telón de fondo cobra prominencia en esta novela corta mediante la estrecha colaboración entre palabra e imagen. Según F. Courtney Tarr, la obra está compuesta como si fuese un cuadro de impresiones donde se acompasa el detalle realista con los trastornos psicológicos de los personajes, proporcionando así una comprensión más amplia de España, e incluso de la América española, en su

caracterización de un pueblo castellano (312).² Siguiendo esta lectura, es posible apreciar cómo el recurso de volver imagen la palabra y viceversa se aproxima al método descriptivo de *La ruta de Don Quijote* (1905), con el cual José Martínez Ruiz, mejor conocido como Azorín —otro escritor que incursionó en la pintura— atrapa los paisajes rurales de una España abismada en las rutinas de antaño.

Como lo había hecho Azorín en su detallada crónica sobre los caminos de Castilla, Alfau nombra los dorados matices del campo, una y otra vez, en oposición complementaria con la escala celeste del cielo, fundiéndolos en una paleta de color pormenorizada de gamas ocre y marinas. Los tonos de la naturaleza se encuentran así con las modulaciones del temperamento para expresar las emociones de quien vuelve a su lugar de origen, luego de una larga temporada en otro rincón del orbe, desigual en ritmo y escenas de la vida cotidiana. Así, el gris acero del ferrocarril se diferencia de la estampa bucólica esbozada por la autora, para emular

² *Los débiles*, en ese sentido, se perfila como un elogio a los maestros que dejaron huella en la formación intelectual de Alfau. F. Courtney Tarr fue el primero en señalar la influencia de Azorín en esta novela corta, cuando la obra fue reeditada en Estados Unidos en 1930. “Los débiles, by Jesusa Alfau de Solalinde and J. Horace Nunemaker”, en *The Modern Language Journal*, vol. 15, núm. 4, pp. 311-313.

cómo “la naturaleza siempre es lo mismo; las tierras que nos vieron nacer, siempre dulces, siempre amables para sus hijos; siempre igual: ésa no varía”.

En esta novela corta, la confección de secuencias coincidentes con las de una pintura establece el contrapunto temático. El cuidado por atrapar el instante epifánico en imágenes prismáticas —con relativo pasmo idílico— permite compulsar el entorno con algunos trasfondos sociales delatados en la obra. Con esta técnica, Alfau denuncia la mala distribución de la propiedad y la miseria del campo. Asimismo, trasluce las abigarradas ideas de los últimos apoderados de una familia aristocrática caduca y supeditada a la religión. Contrapuesto al discurso sobre la fe, el subsuelo de la trama censura el fanatismo doctrinal y la injerencia del catolicismo en la reticencia al cambio, actitud acorde con el movimiento anticlerical de algunos sectores liberales que acusan a la Iglesia de impedir el progreso del país.

En este sentido, aunque la temática rememora otras tantas obras donde se aborda el enfrentamiento entre el mundo citadino y el medio labriego, hay varios aspectos en la composición de Alfau, homogéneos con la irrupción de estrategias literarias modernas. El más elocuente está coordinado con el bosquejo estructural previsto para la interacción de los personajes. Pese a

que es notoria la visión femenina en la descripción de los entresijos del alma y los vuelcos de pasiones acalladas por el deber ser de un sitio asfixiante, el enfoque se perfecciona con el travestismo narrativo al que acude la autora, el cual llama la atención pues parece aliarse con otros ocultamientos, como lo es su ascendencia caribeña.³

Por encima de la armónica reconstrucción de los procedimientos estéticos y argumentales —coherentes con un romanticismo español tardío, y renovado por la influencia del modernismo hispanoamericano en la consecución de colores y cadencias semánticas—, se

³ Como señala Silvio Torres-Saillant, “curiosamente, Jesusa tampoco hace ninguna referencia a su propio pasado dominicano en la selección de sus escritos que Cocco De Filippis edita bajo el título *Como los crisantemos lila: Jesusa Alfau Galván de Solalinde. Obra escogida* (2000). Ha de ser Cocco De Filippis misma quien como editora enfatice esa relación, aseverando en su prólogo que ‘Jesusa Alfau Galván de Solalinde merece que se le conozca por su propio mérito y que se le llame nuestra. Esto lo afirmo no sólo por su cuna dominicana sino también por su vida errante dispersa entre España, República Dominicana, los Estados Unidos y México; presagio elegante de lo que será la existencia de muchos dominicanos en este siglo’. “Peregrinaciones antillanas: sobre el saber hegemónico y la identidad diaspórica”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIX, núm. 243, p. 516.

insiste en la nostalgia de cada uno de los personajes, como si ésta fuese un fantasma que atraviesa los eslabones del relato.

El sentirse ajeno a la vida y el peso del obnubilado manto de una tristeza de raíces desconocidas se reflejan en la irisación con la cual Alfau sostiene la idea reiterada de que los débiles son quienes sucumben ante la melancolía. En esta novela corta, la prolija amargura de los personajes emerge del diálogo entre la naturaleza y su condición ontológica, para exhibir a sus protagonistas como herederos de la condena de Sísifo, sentenciados a un eterno regresar al origen para asumir con resignación que volver a empezar no implica cambio sino repetición.

Frágiles en su afán de lucha e inconformes pasivos, los habitantes de esta obra aceptan apesadumbrados el sino dispuesto para su deambular por la vida, apresando la identidad en los recuerdos que guardan los muros de una casona vetusta y deteriorada, sombra de la magnificencia de antaño. El agónico transcurrir de los días se asienta en el inventario de paisajes que transparentan la confrontación entre la obstinación y los anhelos de los protagonistas, de manera semejante a lo que hacía Francisco de Goya y Lucientes en sus retratos, a quien Alfau cita como referente pictórico para dar volumen gráfico a sus personajes; como cuando la autora recobra el perfil de una dama con rasgos femeninos caracterís-

ticos de la región: “Vi su mirada soslayada; por debajo de la blonda de su mantilla negra, sus ojos también negros, brillantes, que tenían la vida y la expresión de unos ojos de cabeza goyesca”; o atiende el detalle puesto en la fisonomía de las jóvenes madrileñas que visitan el pueblo, pues poseen vestimenta y “ojos expresivos y luminosos, como los de las mujeres de Goya”.

Con todo, la repercusión del ecléctico pintor español en la obra de Jesusa Alfau va más lejos. Si bien la composición de *Los débiles* propone un paralelismo con algunas coyunturas en la obra de Goya, este vínculo puede identificarse a su vez en el cromatismo impreso por nuestra autora en la historia. Las variaciones en el uso del color se explican en los matices otorgados al estado de ánimo de los protagonistas y su manera de formularlos, siguiendo la trayectoria de diversos cuadros del artista —desde su etapa inicial hasta llegar al periodo de las pinturas negras, 1819-1923—, así se propicia una lectura comparada que puede, en principio, observarse en un progresivo desvanecimiento de la luz cuando las hendiduras de *Los débiles* profundizan en la complejidad humana, como ocurre en el proceso creativo del pintor.

Igualmente, las primeras especificaciones de esa comunidad entre Castilla y León, elegida para la acción de esta novela corta, fijan algunas conexiones con las obras iniciales de Goya, donde aparece una distribu-

ción similar de componentes. Quizá una de las pinturas más llamativas de dicha analogía sea *La vendimia* o *El otoño* (1787). La prosa de Alfau conjuga la memoria con el reconocimiento de un paisaje antes paradisíaco, provocando un símil con el encuadre de varias piezas de la fase temprana del pintor. El tiempo de la cosecha, enfatizado por el color de suelos dorados que entran en relieve con el fondo de la obra y enmarca la sierra difuminada en los peculiares cielos de una época específica del año, otorgan a la naturaleza destellos equiparables con un estado sosegado:

Habíamos atravesado los anchos campos del corazón de la vieja patria. Estábamos en agosto, y salpicando la extensión amarilla de las mieses ondulantes, que sólo podía compararse a un mar de oro, veíanse los tonos abigarrados de las sayas de las mujeres castellanas dedicadas a la siega. Sentíame conmovido al contemplar de nuevo aquel terruño amado, aquella tierra llana, de extensión serena, de líneas de apacible y solemne quietud, que limitaba lejos, muy lejos, la sierra que entreveían nuestros ojos, ofendidos por el sol; una sierra esfumada, de un azul tan pálido que casi se confundía con el cielo.

Narrada en primera persona, la voz que transita la anécdota de *Los débiles* es la de un joven que vuelve a

su hogar con la conciencia saturada por el antagonismo entre el recuerdo y el reconocimiento de dominios y habitantes de un tiempo lejano. Javier regresa a Castilla proveniente de Francia. Se considera casi foráneo. Por ello, el viaje de vuelta implanta un punto de inflexión para el tratamiento de la anécdota.

Javier padece el mal de los transterrados. Es víctima de una perenne melancolía, a través de la cual observa el mundo. Presiente su falta de pertenencia a todos los espacios, pero afirma su voluntad nostálgica en cualquier aquí y ahora, como delata su encuentro con la naturaleza:

Una vez bien ordenadas mis ideas, quedeme en grata contemplación del jardín. A través de los álamos llegaba hasta dorar la verde superficie del estanque, el sol. Los rosales estaban llenos de hermosas rosas. El follaje de las acacias se agitaba incesantemente por el revuelo de los pájaros entre sus ramas; yo veía sobre el césped las manchas de oro del sol a través de la fronda; regocijábame la alegre mañana, de modo inenarrable, con una suave apacibilidad, un sosiego, y una vaga melancolía que no podía explicarme.

El sentimiento de desarraigo de Javier es congénito. El contrapunto de la acción se asienta en la relación con su primo Agustín, inducido por su madre para consagrarse al sacerdocio. El nexos entre estos protagonistas permite

a la autora abordar una hipótesis respecto al predominio religioso del catolicismo en Castilla, acoplado en esta novela corta con la tiranía de la muerte, sobre todo infantil. Los padres sabían que la sobrevivencia de sus vástagos era hasta cierto punto improbable, desencadenando la leal dependencia espiritual a una fuerza superior. En *Los débiles*, el fervor religioso de Damiana —madre de Agustín— tiene como antecedente las constantes defunciones de varios integrantes de la familia y un dolor que halla su placebo en el credo de un paraíso celestial.

Enlutada por sus frecuentes duelos, la matriarca proyecta el derrotero para la salvación eterna del único de sus hijos que ha llegado a la edad adulta. El recorrido hacia un bienaventurado más allá, propósito al que Agustín cede, genera el desconcierto del narrador que cuenta cómo su tía ruega “a aquel Dios, en que tan fervorosamente creía, la dicha para su hijo, a quien ella, por un desvío especial de su amor de madre, inconscientemente había labrado la infelicidad”.

Las llamadas pinturas negras de Goya fueron plasmadas en los muros de una casona denominada la Quinta del Sordo. La oscuridad y el uso de gruesas pinceladas dan carácter a una serie de sugerentes imágenes con infinitud de interpretaciones. Estas obras modeladas con base en la distribución de las paredes, si se integraran en

una narración lineal, contarían distintas historias. Pero la intención del pintor no se pierde: develar el sombrío potencial de la humanidad.

Javier, el narrador ciudadano de *Los débiles*, comparte nombre con el descendiente de Goya que, tras el fallecimiento de otros seis hijos, logra llegar a la adultez. Rebelde y abierto a las influencias de la modernidad parisina, el Javier de Jesusa Alfau arriba a su hogar para descubrir, en el aislamiento de la casa familiar, las fuertes ataduras de su cuna a una religión que impide disentir y esclaviza a sus fieles con sobornos celestiales.

El desasosiego de este protagonista se intensifica cuando descubre la renuncia de su primo Agustín al amor de Paulina, retrato típico de las protagonistas decimonónicas, cuyo carácter angelical conquista con mansedumbre y dulzura. La penosa situación económica de ella, la falta de abolengo y la responsabilidad de criar a siete hermanos, tras ser herida por la orfandad, la alejan del ideal matrimonial. Sin embargo, el semblante pálido y sus ojos “que siempre parecía como que miraban algo que estuviera muy lejos”, recuerdan *La Leocadia* (1819-1823) de Goya. Joven y de rasgos agradables, hay una tristeza melancólica en su constitución, postura e indumentaria acorde con los atributos de Paulina, esgrimiendo el talante suficiente para enfrentar la soledad y los riscos de las eventualidades.

La recopilación de los escollos que impiden el enlace entre los amantes recae en la nodriza de Agustín, mostrando la capacidad de Alfau para refractar la trama en voces diferenciadas que exponen la disparidad en el habla de los habitantes de Castilla, conforme con su clase social:

Don José, el capellán de su tía de usted, es otro bendito; quiere al señorito Agustín; pero lo quiere pa' ellos, pa' hacerle cura; y empezó la oposición; y como él es así, tan débil..., que otro se planta; pero, él ¡cá!; si la su madre y don José hacen dél lo que quieren. Y la señorita, en cuanto que se enteró de las habladurías, como es así, tan orgullosa, y hace bien, porque como ella no hay otra, y se dijo que ella lo quería pescar porque era rico, quiso romper con el señorito Agustín, y eso que él entonces fue un poquito fuerte, porque la quería; pero la su madre dale que dale, que no quería que fuera su novio.

Los criados de *Los débiles* encuentran su equilibrio goyesco en *Dos viejos comiendo sopa* (1819-1823). Una cocina humilde, el rescate del habla franca y fuera de simulaciones, lo irónico del relato y la irrupción de ciertos destellos de humor recuerdan el trazo tosco y difuminado del pintor en esta obra enmarcada por la vejez cadavérica.

Bajo esta óptica, la esbozada debilidad de Agustín delinea la otra historia que se cuenta. El nombre de su madre —Damiana—, si nos apegamos a la raíz griega *damenei*, denota “dominar”, “someter”. Este significado se une a la elección del nombre de Agustín. Santa Mónica —madre del patrono de la Iglesia católica— padeció un gran sufrimiento al verlo alejarse del camino de Dios, encomendándose en constante oración para que reconsiderara su rumbo espiritual, razón por la cual, en sus *Confesiones*, el propio san Agustín se llama a sí mismo “el hijo de las lágrimas de su madre”.

Una imagen análoga proporciona la autora de *Los débiles* con su retrato de La Dolorosa, cercana a tantas representaciones de la devoción mariana en el arte pictórico religioso de la Edad Media y el Renacimiento, al describir cómo “aquellas manecitas aparecían ensortijadas por un error anacrónico de los fieles, y sostenían el pañuelo de batista y encajes con que, al parecer, había de enjugar las lágrimas de cristal que brillaban en las mejillas pálidas”. Dicho paralelismo religioso puede apreciarse a su vez en el ceño de Agustín, a quien el narrador percibe como un “Cristo tan humano, tan débil, tan agobiado por el peso de aquella obra inmensa de paz y de amor, tan estéril entre los odios humanos, tan fructífera para las almas elegidas”; probablemente una abstracción del *Cristo crucificado* (1780) de Goya.

Damiana concentra el germen melancólico de la familia y la asociación dada por Alfau a este temperamento: los débiles son quienes se dejan devorar por la angustia, el tiempo, la vejez, la desolación, la pena sublimada, la melancolía. Otra de las pinturas negras —de nuevo— condensa la propensión plástica de nuestra autora. En *Saturno devorando a su hijo* (1819-1823), si bien el sacrílego dios pagano evoca al planeta de los melancólicos y podría manifestar una metáfora del hombre siendo engullido por esa enfermedad conectada con la bilis negra, el gesto caníbal de la divinidad ante su propia carne produce un par de reciprocidades adicionales: por un lado, recuerda a la madre tragándose las expectativas de su hijo, sin importarles si esto conlleva la extinción de su noble estirpe. En otro plano, esta pintura personifica el sacrificio de Cristo en una iconografía hereje frente a los ojos puritanos del Santo Oficio, cuyas advertencias en torno a obras previas llevan a Goya a esconder sus imaginaciones en el interior de los muros de una casa aislada del mundo madrileño, como ocurre con la propiedad de Damiana y Agustín y su lóbrega unión con las tinieblas de su mente; una exhibición más de esa melancolía con la cual nos seducen las creaciones del pintor y en la que se consumen los débiles de Alfau, producto de esa autofagia familiar, ligada a la incondicional obediencia y a

la lealtad exigida entre padres e hijos. Sin embargo, la historia de Saturno sirve a nuestra autora para sugerir simultáneamente la traición y la necesidad de imponer un orden propio, línea de interpretación coherente con la mirada ajena centrada en Javier, quien opta por crearse una existencia aparte, aunque no se libre del mal de su hogar.

A lo largo de esta novela corta, Alfau va disponiendo de una serie de símbolos para incrementar la densidad narrativa en varios niveles simbólicos. Sostiene así un reclamo oculto a las ataduras proporcionadas por la doctrina católica al pensamiento liberal y esboza una crítica soslayada al oscurantismo en España, una de las causas de la división social entre progresistas anticlericales y quienes se someten por fe, cultura y tradición a esa potencial vida en el paraíso, venerado como el verdadero reino para los pobres, a través del dogmatismo defendido por la oligarquía castellana como una forma de mantener su poder.

En esta misma dirección, otra connotación proporcionada por la escritora en su travesía literaria al lado de Goya traba con la actitud esperpéntica de los personajes, compatible en tesitura con los de Ramón María del Valle-Inclán, inspirado a su vez en los retratos que el pintor realizó de la aristocracia y la realeza española. Alfau propone esa correspondencia en *Los débiles* tras

instigar un ejercicio comparativo por parte de Agustín respecto al comportamiento de los sirvientes y las nobles familias de Castilla, agudizando el vínculo entre la pintura y la narrativa de su interés: “¡Cómo me atraen los humildes!...”, dice el recién consagrado sacerdote.

En ese contexto, la melancolía reverbera la colisión de los valores conservadores. Avejantados en la juventud, prisioneros de las nebulosas y arcaicas maneras de entender los caminos de la redención espiritual, atrapados en el prejuicio, los personajes de Alfau son víctimas de un ambiente de muerte y dolor, aspectos fundamentales en la emergencia de la religión como llave para la salvación en tiempos de flaqueza e incertidumbre.

Por otra parte, el esquema seguido por los médicos de los Siglos de Oro para tipificar los humores del cuerpo: flema o pituita, sangre, cólera o bilis amarilla, melancolía o bilis negra, articula esta última al funcionamiento de los cuatro personajes centrales de su novela corta, ya sea de forma literal o desplazando su alcance con alegorías que aluden un campo concreto: “tierra, Saturno, frío y sequedad, bilis negra, entendimiento, primera vejez”.⁴

⁴ “La melancolía y *El Quijote* de 1605”, en *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL: II. Literatura de la edad media al siglo XVIII*, Martha Elena Venier (ed.), México, El Colegio de México, 1997, p. 222.

Estos mismos elementos fueron empleados por Goya recurrentemente en la factura de sus obras, volviéndolos cambiantes al transformarse la exploración de sus intenciones como artista. La confesa inspiración en sus pinturas para la composición estética de *Los débiles* ostenta la exquisita formación de Jesusa Alfau, autora enorme a pesar de su juventud, que con esta novela corta reclama no sólo su pertenencia a una familia de grandes escritores, sino a la tradición literaria de República Dominicana. El gusto y la posterior profesionalización de su arte como pintura —que vería otra de sus facetas como ilustradora editorial y en su ambiciosa investigación sobre los lienzos textiles de la Edad Media—, además de insinuarse en su adaptación de las pinceladas de Goya, es evidente en el manejo de la quieta acción y el detalle impreso en la sucesión de las cadenas narrativas, como si cada una fuera parte de un cuadro lleno de señales discursivas.

La nueva diáspora de la autora, debida sobre todo a las turbulencias que desencadenarían la Primera Guerra Mundial y demás problemáticas históricas, la lleva a reeditar, en 1930, *Los débiles* en Estados Unidos,⁵ país don-

⁵ Como señala Tarr, la edición de 1930 fue preparada por J. Horace Nunemaker como libro de texto e incluyó cuestionarios y ejercicios. “*Los débiles*, by Jesusa Alfau de Solalinde and J. Horace Nunemaker”, ed. cit., p. 312.

de emigró con su familia. Durante su estancia en Nueva York, Jesusa Alfau tuvo oportunidad de coincidir con Pedro Henríquez Ureña y con otros autores transterrados, colaboradores de la revista *Las Novedades* entre 1915 y 1919. Si Alfau ya mostraba en su novela corta independencia ideológica respecto a su identidad española, el posterior encuentro con este grupo de panamericanistas —inspirado por la hazaña heroica de Martí— terminó de formar su esencia dominicana.⁶ Y el amor al castellano sería una forma de resistencia para los hispanoamericanos residentes en los Estados Unidos. Esto se reafirmaría tiempo después, a través de su novela corta, pues *Los débiles*, en los años siguientes a esta experiencia, se consolida como el universo narrativo idóneo para enseñar el

⁶ Según señala Pedro Hulme, en estos años, Jesusa Alfau se vinculó con intelectuales como Salomón de la Selva, creador de un proyecto panamericanista que, en sus inicios, estuvo asesorado por Pedro Henríquez Ureña. En las reuniones de este grupo hubo momentos cuando incluso “una combinación de curiosidad intelectual y resentimiento por la guerra hispanoamericana, todavía bastante reciente, así como la ocupación estadounidense de Santo Domingo, les hizo mirar con simpatía el experimento ruso” [la traducción es mía]. *La cena en casa de Gonfarone: Salomón de la Selva y su proyecto panamericano en Nueva York 1915-1919*, Liverpool, Prensa de la Universidad de Liverpool, 2019, p. 113.

español a los estudiantes de la Universidad de Wisconsin, donde trabajó al lado de su esposo Antonio G. Solalinde.⁷

No obstante, otro momento crítico atravesaría a España mientras un sol afín al de Castilla en *Los débiles* es recordado por Andrés Henestrosa, cuando llega a Estados Unidos con una beca de la John Simon Guggenheim Memorial para trabajar bajo la supervisión de Solalinde. Acababa de estallar el conflicto de 1936. Dice el poeta:

El viejo maestro español me recibió en su casa, el sábado, día 20. Estaban llorosos don Antonio y doña Jesusa Alfau, su esposa, extraordinaria mujer. En la pared del estudio, el mapa de España en el que Solalinde señalaba con chinches rojas los puntos por donde avanzaban o retrocedían los republicanos, los rojos que dijeron los franquistas. Prendido el radio —así se decía entonces— activó el teléfono por el que también llegaban noticias [...] Ahora que evoco aquellos días ya tan lejanos, otra vez está patente ante los ojos el dulce y azul cielo de California. Y me miro por una callecita cerca-

⁷ Jesusa Alfau y Antonio G. Solalinde contrajeron matrimonio en 1924, luego de que el académico español llegara a Nueva York. Tiempo después se mudaron a Madison para enseñar juntos en la Universidad de Wisconsin. *Ibid.*, p. 114.

na a la Universidad de Stanford de la mano de Antonio G. Solalinde, el primer republicano español a quien vi llorar por la suerte de España (14-15).⁸

El compromiso de Jesusa Alfau con el pensamiento liberal, soterrado en la escritura de su novela corta, le permite penetrar en los lastres ancestrales que dominaron al territorio castellano, advirtiendo sobre una España seccionada y doblegada por costumbres conservadoras, ideas de alcurnia y la impronta del sistema clerical, entre otras explicaciones de peso. Incluso esta postura oculta su condición de mujer, por medio de una voz masculina para guiar la narración y eludiendo su origen dominicano, cuando prevalece entre algunos peninsulares la añoranza por la pérdida de las últimas colonias españolas en América. Años después, el conservadurismo que persiguió Goya a través de la Inquisición, todavía fuerte en el periodo de escritura de *Los débiles*, volvía a radicalizarse. Entonces los ambientes pictóricos perfectamente retratados por la pluma melancólica de Alfau cobraron un nuevo significado gracias a la mirada atemporal, errante, plástica y crítica de nuestra autora.

⁸ Andrés Henestrosa, *La otra Nueva España*, México, Porrúa / Universidad de Castilla La Mancha, 2001, pp. 14-15.

I

Vosotros conocéis estos viejos pueblos de Castilla y de León; cuando habéis ido a Salamanca o a Burgos, los habéis visto al atravesar los anchos campos castellanos: grupos de casas parduscas que rodean cariciosas una iglesia.

Acaso os habéis detenido en uno de ellos, y entonces, desde la distante estación del ferrocarril, os ha conducido un vetusto ómnibus al pueblo, a través de las eras, limitadas a un lado por erguidos álamos, que anuncian un río, y al otro por las lejanías azuladas durante el día y violáceas en la hora del crepúsculo; y habéis entrado en el pueblo, cruzando sus estrechas y mal empedradas callejuelas, entre las viejas y nobles casas, de sillares que pardusquean añosos, de atrevidos aleros, de rejas artísticamente forjadas, de portaladas ennoblecidas por escudos legendarios, evocadores de olvidadas grandezas.

Y en la plaza del pueblo, ante la posada con alardes de fonda, habéis descendido del ómnibus deteriorado...

A un lado de la plaza está la iglesia mayor. ¿Os acordáis de esta iglesia? Es indudable que sí.

Yo siempre la recuerdo, no sé si porque la vi de niño, porque a ella iba con mi abuela, la anciana rezadora, narradora de cuentos, que me evitaba reprensiones, y que me consolaba cuando a ella iba para querellarme y exponerle mis cuitas, acurrucado en su regazo.

Es una iglesia románica, del siglo XII, concluida en épocas posteriores, con una torre vulgar en que anida una cigüeña; una cigüeña que de niño me hiciera soñar multitud de veces, y que, regocijados, contemplábamos los chicos del pueblo cuando la veíamos retornar, al iniciarse la primavera, después de larga internada en remotos países.

La plaza llénase de niños a la hora del mediodía; los niños que salen de las escuelas, fronterizas a la vieja iglesia donde en mi infancia oí y más tarde he soñado oyendo el órgano, viendo el incienso, resabio del paganismo, elevarse ante el altar mayor, abrumado de flores en los días de mayo. Entonces era y trataba de ser “bueno” para alcanzar, allende la vida, el disfrute de aquel paraíso lleno de luz, poblado de ángeles con alas de colores y túnicas estrelladas; ángeles de visión fantástica, que mi abuela me hacía vislumbrar en sus candorosos transportes religiosos.

Los niños de las escuelas gritan, vociferan, hoy día como entonces, como cuando yo, pequeño, salía del colegio, agrupándose bajo los soportales de la casa ayuntamiento.

En la acera del mediodía en invierno, en la del norte en verano, las viejas, sentadas en fila, hacen calceta, y croniquean lo que de nuevo acontece en el vetusto pueblo de Castilla o de León.

A este vetusto pueblo, en que acaso habéis estado, me dirigí yo después de una larga estancia en las capitales de Francia y España. Al terminar mis estudios de Derecho en Valladolid, pasé a Madrid, luego a París; casi había olvidado mi viejo pueblo natal, y acaso..., acaso también su iglesia...

Una carta de mi tía Damiana, recibida en la capital de la vecina nación, me recordó el pueblo. Diome la humorada de ir, cediendo a la simpática invitación de mi tía, aunque en realidad no fue humorada, como lo he calificado irreflexivamente; fue un deseo que hacía tiempo tomaba cuerpo en mi alma; había en ello algo de hastío de la gran capital, es cierto; pero también había algo de recuerdos que deseaba refrescar. Ya no encontraría allí a la abuela: hacía tiempo, mucho tiempo, quizá seis años, que estaba en el cementerio, al cual, desde el pueblo, conducía un paseo de álamos, y que se reducía a un campo cercado de tapias encaladas, por encima de las cuales descollaban unos cipreses muy altos, muy delgados, muy aterciopelados y sombríos.

II

En la estación del pueblo, cuando aún no se había detenido el tren, divisé al viejo Ramón, antiguo criado de mi familia. Había variado un poco: su bigote estaba más blanco y sus ojos tenían esa vaguedad que adquieren los ojos con los años, acaso al ver esfumarse las cosas gradualmente.

Inconsciente yo del tiempo pasado, me sentí enterrecido por su envejecimiento.

Me abrazó largamente y me contempló cariñoso, risueño. No había perdido nada de su jovialidad montaraz, ni de su sencillez campestre.

—Igual que su padre, igual —repitió con júbilo rebosante.

Una emoción indefinible se apoderó de mí, y traté de encogerme para caber mejor entre sus brazos, para fingirme que había vuelto a aquellos tiempos en que, de niño, él me adormecía cariñoso.

—¡Ea!, vamos al coche; su tía lo espera ya. ¡Dios mío!, cuánta alegría hoy en la vieja casa; hacía tiempo

que no nos veíamos en ella tan contentos. ¡Eh!, tú, Juanito, coge las maletas del señorito Javier. ¿Estás tonto?

—¿Éste es tu hijo, Ramón? —le pregunté viendo al mocetón robusto.

—Sí, sí, señorito.

—Un hombre ya —dije.

El muchacho se quitó la gorra y entró en el vagón para recoger el equipaje.

Después del fragor del tren durante la marcha, la estación y el campo que la circundaba me parecieron sumidos en un silencio profundo. Sabéis el poco tráfico de esas estaciones de los pueblos. Los pocos viajeros que al mío llegaron se habían marchado enseguida a través del campo, en dos o tres ómnibus que hacen el trayecto. La locomotora habíase alejado a hacer provisión de agua. Oíamos las voces de los empleados de la estación como apagadas, y el susurro del follaje de los álamos que había en su pequeño jardín, movidos por la cálida brisa que rizaba las mieses.

—Vamos, señorito —dijo Ramón—. Juanito nos alcanzará.

Y los dos nos pusimos en marcha silenciosos. Sentía los ojos del viejo criado fijos en mí; yo callaba; quería saborear en lo más íntimo aquellas emociones dulces, intensas, que había desdeñado un día, creyendo encontrarlas mejores lejos de mi pueblo natal. Ahora, al volver

allí, sentía simultáneamente una alegría que bullicaba en mi corazón y una vaga tristeza que llenaba mi alma.

Hubiera querido hacer muchas preguntas a la vez a Ramón. Comprendí que él también quería decirme infinidad de cosas; pero callaba, como yo, enternecido.

Y, silenciosos, subimos a nuestro antiguo coche, que reconocí enseguida; en él nos acomodamos los dos, y Juanito colocó las maletas en el pescante y empuñó las riendas, haciendo resonar los cascabeles que adornaban las colleras de las castellaneras mulas.

Oímos el silbido del tren al alejarse del pueblo, al mismo tiempo que nosotros nos dirigíamos a él.

El movimiento del vehículo y el son de los cascabeles nos sacó de aquel mutismo contemplativo y nos impulsó a romper el silencio.

—¡Cuánto tiempo sin verlo, señorito, cuánto tiempo; desde que acabó la carrera! —decía Ramón.

Pasamos al lado de la tapia de una huerta, por la que veíamos asomar las copas de las encinas frondosas.

—¿Sigue siendo de Jeromo? —pregunté.

—No, aquél ya murió; ahora es de su hijo.

Volvía a ver el río manso, que atravesaba humilde los campos castellaneros, con sus altos chopos destacando sobre los trigos amarillos, deslumbrantes, bajo el oro del sol.

—No veo el molino de Sebastián —dije, temeroso de oír que ya no existía.

—Estaba ahí, donde está la fábrica de luz eléctrica, señorito —dijo Ramón.

—¡Ah! ¿Tenemos luz eléctrica en el pueblo?

—Sí.

—¡Qué lástima!

Vi que Ramón me contemplaba asombrado; sin duda por oír aquello a un señorito *que llegaba de París*.

Era cierto: me causó pesar la idea de que ya no existiera el pintoresco molino donde yo jugaba en mi niñez; de que ya en la antigua casona paternal no encontraría los viejos velones de bronce; ni en el salón, en los días solemnes, luciría, como antes, la hermosa lámpara de petróleo que mis padres compraron en la capital, en la época de su casamiento.

También era cierto que no vivía ya mi abuela, aquella que me contaba cuentos fantásticos en las noches de invierno, a la luz de un velón de aceite, que hacía aún más terroríficas sus narraciones.

Yo tampoco era ya un niño; había pasado tanto tiempo, y en ese tiempo ¡tantas cosas! En aquel momento me sentía inconforme con aquella civilización que me arrebatava las sensaciones que esperaba encontrar al volver a hallarme entre todas aquellas cosas viejas, que vistas como las dejara al marchar, habían de hacer revivir en mí recuerdos de grata dulcedumbre.

Y permanecí callado.

—Señorito, ¿usted siente que *nos civilicen*? Todavía ha de encontrar usted mil cosas antiguas, que don Serafín de Olmedilla me decía hace días que no debieran existir en un pueblo civilizado.

—Don Serafín no sabe lo que se dice.

Yo, viniendo de la gran capital, del centro de la civilización, no encontraba atrasado mi viejo pueblo; al contrario, sentía sus adelantos, porque parecíame que perdía todo lo suyo más encantador, desapareciendo todo lo que tenía color propio, para convertirse en una población adocenada, de aspecto insignificante y vulgar. Yo la amaba con su vetustez, con su sello del siglo xvii, tal como era; con sus antiguas casas de piedras parduscas, sus callejuelas estrechas, como calles moriscas; sus viejos palacios llenos de recuerdos de aquellos tiempos felices de la grande España, cuya gloria se extendía por todo el haz de la Tierra.

Habíamos atravesado los anchos campos del corazón de la vieja patria. Estábamos en agosto, y salpicando la extensión amarilla de las mieses ondulantes, que sólo podía compararse a un mar de oro, veíanse los tonos abigarrados de las sayas de las mujeres castellanas dedicadas a la siega. Sentíame conmovido al contemplar de nuevo aquel terruño amado, aquella tierra llana, de extensión serena, de líneas de apacible y solemne quietud, que limitaba lejos, muy lejos, la sierra que en-

treveían nuestros ojos, ofendidos por el sol; una sierra esfumada, de un azul tan pálido que casi se confundía con el cielo.

Y bajo el sol que caía sobre la extensa llanura con toda su ígnea esplendidez, pasaban lentamente los carros, cargados de gavillas de trigo, de espigas enceradas, de amarilla madurez; carros de ruedas quejumbrosas, tirados por parejas de bueyes de ojos tiernos y humildes, de piel bermeja reluciente y sudorosa.

—Esto sí es igual, Ramón, igual que siempre.

—Ésa no varía, ésa no varía —repetió Ramón.

Adiviné lo que pensaba el viejo criado.

—Es verdad, la naturaleza siempre es lo mismo; las tierras que nos vieron nacer, siempre dulces, siempre amables para sus hijos; siempre igual: ésa no varía.

—Sí, señorito, sí; en cambio, nosotros los hombres...; yo ya no puedo levantar la azada...

—¡Quiá! Todavía estás fuerte —le dije con cariño—so mentir.

—Y ustedes, ya hombres; ¡Dios! ¡Cómo vuela el tiempo! Usted no va a conocer al señorito Agustín; está hecho un hombretón; como usted de alto.

—¿Por qué no vino a la estación?

—Él quería; pero el capellán de su tía de usted se lo llevó temprano a visitar unos pobres; yo ya se lo he dicho a mi mujer: ése será cura, si Dios no lo remedia.

—¡Cura! ¡Bah!, ya se lo quitaremos de la cabeza; ésas son cosas de chico de pueblo.

—A quien hay que quitárselo de la cabeza, señorito, es a doña Damiana, su madre. Él es muy bueno, demasiado; la señora hace de él lo que quiere.

De la estación al pueblo tardamos media hora. Al entrar en las callejuelas, rebotando el coche sobre el empedrado vetusto, sentí subir a mi corazón oleadas de ternura al reconocer, contemplándolos ávidamente, aquellos parajes amados en la infancia, ¡cuántos recuerdos, cuánto renacer de viejas cosas!

Y ante la antigua casa solariega, Juanito detuvo las mulas.

De un salto entré en el inmenso portal.

—¡Virgen santa! ¡Javier! —gritó mi tía, reconociendo en mí, ya hombre, al niño que hacía muchos años dejara de ver.

Fue un abrazo largo, estrechísimo, el que nos dimos; sentí en el rostro sus besos llenos de lágrimas.

En ella abracé a mi madre, mi madre desconocida para mí, que murió al yo nacer; a la abuela que tanto amé; a mi padre adorado, que me dejó en la adolescencia.

Mi tía tenía ya casi blancos los cabellos. Aquella muestra del tiempo pasado, del largo vivir lleno de penas hondas, me conmovió.

—Eres un hombre; igual que tu padre, igual —dijo, repitiendo las palabras de Ramón.

Casi sin darme cuenta, busqué algo que faltaba, algo que inconscientemente echaba de menos, y dije:

—Ya no encuentro a la abuela.

—No; se reunió con tu madre y con tu padre —dijo sollozante mi tía.

—De aquellos tres no queda ninguno —repetí.

—Vaya, Javier, buen ánimo —dijo mi primo Agustín, acercándose a mí.

Nos abrazamos.

En aquel momento yo no era el de París. Todo había renacido de nuevo. Nunca creí que retornar al pueblo fuera tan doloroso, y hubiera escrito a mis amigos de allá, aquellos hastiados buscadores de grandes emociones:

Si queréis experimentar las emociones más nuevas, las más inexplicables, volved a vuestros pueblos, donde más recuerdos haya de vuestra niñez.

Nos rodeaban todos los servidores de la casa, criados antiguos, aferrados a los restos del viejo hogar; uno por uno los saludé y luego llegaron donde mí, el anciano administrador de nuestros bienes, de nuestras posesiones en la antigua tierra castellana, y el viejo sacerdote, que desde hacía muchos años decía la misa en nuestro oratorio.

Entre mi tía y Agustín, subí la ancha escalera de piedra.

El vestido negro de mi tía hacía la más pálida, y sus cabellos plateados se recogían con distinguida sencillez. Tenía el rostro noble; la antigua nobleza castellana aparecía impresa en aquellas finas facciones.

Agustín se adelantó a nosotros, que lentamente subíamos la escalera, apoyándose su madre en mi brazo.

Tenía mi primo la elegancia de un hombre de mundo. Viniendo yo de París, no eché nada de menos en su traje negro. Era delgado y rubio, y su rostro afeitado tenía, en despecho de su juventud, una tristeza vaga, a pesar de hallarse él sonriente.

—Ahora almorzarás —me dijo cuando llegamos arriba—. Tendrás hambre.

—No; en Medina del Campo, donde tuve que cambiar de tren, tomé alguna cosilla.

—Echarás de menos los hoteles de París —me dijo risueño—. Me figuro que serás un sibarita de primera fuerza; aquí no hay más que cosas sencillas, muy primitivas, pero sanas, chico; donde me ves, tan flaco, tengo más fuerza que un charro para derribar un toro.

Y se echó a reír.

—Lo que veo es que eres un guapo mozo —dije.

Mi tía me hizo pasar al comedor, el antiguo comedor de la familia, donde en las grandes solemnidades,

cuando yo era niño, nos reuníamos todos los parientes: los que ya se habían muerto y los que se habían dispersado, unos por las exigencias de la vida moderna, otros en la incesante lucha por la existencia.

Paseé la mirada por todo el comedor y contemplé por el ancho balcón el frondoso y viejo arbolado del jardín: álamos, acacias y eucaliptos.

—¿Pero yo solo voy a almorzar?

—Sí —dijo mi tía—; nosotros desayunamos muy temprano; luego comeremos juntos.

Me senté; la tía y Agustín sentáronse a su vez, para conversar conmigo, a ambos lados de la mesa, reducida ya por ser solamente dos los que quedaban en la vieja casona.

Entró en el comedor una muchacha de alegre rostro, de saludable enrojecimiento, trayendo en las manos una bandeja con la clásica taza de chocolate, los bizcochos y el vaso de leche fresca y gruesa de las vacas de nuestras dehesas.

—¿Está usted bien, señorito? ¡Cuánto nos alegramos de verle por aquí y de que no nos olvide! —dijo con amable hospitalidad, jovial y ruborosa.

Agustín me dijo:

—Es María-Cruz, la hija de Ramón, la hermana de Juanito. ¿No la recuerdas?

—¡Dios mío! ¿Cómo te iba a reconocer, muchacha, si ya eres una mujer? —dije a la ruborizada María-Cruz.

Saboreé el chocolate y la leche, pensando en los complicados almuerzos que en París nos ofrecía, a mí y al príncipe polaco Alejo Mirsky, la sugestiva Loulou Leblanc.

En mi alma revivían sentimientos que podría creer muertos. Aquello era un verdadero renacimiento. Creí adivinar que así lo pensaba mi tía; lo creí adivinar en su mirada, al contemplarme, tierna, como si yo fuera una oveja descarriada vuelta al redil.

Y Agustín me iba relatando los acontecimientos salientes ocurridos en el pueblo durante el período de mi ausencia: los cambios ocurridos en las familias, las muertes, las bodas, los nacimientos. Y en todo observaba yo las costumbres patriarcales del viejo pueblo que se conservaban inalterables; y el reconocimiento de todo aquello que me recordaba la infancia hacía vibrar mi alma con sentimiento ignoto.

—Igual que cuando era niño —me repetí por centésima vez, desde que llegué al viejo pueblo.

III

Aquel día, el de mi llegada, recorrí con Agustín nuestras antiguas posesiones, ya muy subdivididas por haber sido repartidas entre todos los de la familia a la muerte de mi abuela.

Empezamos por el jardín de nuestra casa, un jardín abandonado que producía una vaga sensación de tristeza, como hice observar a mi primo. Los estrechos caminos de baldosas desaparecían bajo la hierba; el silencio del abandono llenaba todo.

—Antes no estaba esto así —dije.

—No; pero ahora nadie se ocupa de ello; ya ves cómo está mi madre. La vida ha sido dura para ella; de sus hijos, soy yo el único que vive.

—Eso la distraería —volví a decir—, dulcificaría su carácter, que he advertido algo amargado.

—¿Verdad? —dijo Agustín, golpeando con una vara de fresno las hierbezuelas finas, invasoras de los senderos olvidados.

—Ahora su refugio es la iglesia —continuó.

Los rosales crecían a su antojo, tendiendo los largos vástagos sobre el césped inculto. Las rosas de Castilla

se marchitaban en manojos sin que nadie las cogiera, agostadas por el sol canicular.

La hierba también cubría el poyo de piedra pardusca del estanque, donde el agua verdosa permanecía, sin que la más leve brisa la agitara, cubierta de hojas que caían de las acacias y de los álamos.

Me acerqué y vi en el fondo los pequeños peces encarnados, quietos también, dormitando inmóviles.

Todo parecía falto de vida: ni las hojas se movían en los árboles; sólo los pájaros cantaban, interrumpiendo aquel silencio inmenso.

Me volví y alcancé a ver en el fondo la casona; casi todos sus balcones estaban cerrados y las enredaderas los cubrían con su salvaje exuberancia.

—¿Y tú? —dije a Agustín.

Se encogió de hombros.

—¿Yo, qué? Nada; yo paseo a diario aquí en el jardín abandonado; a mí me da lo mismo que esté así o cuidado por el jardinero más notable; así me gusta; así lo amo. Tal como lo da la naturaleza. Además, ¿para qué queremos tantos cuidados en la vida?

Los dos nos sentamos en el poyo del estanque.

—¿Para qué? —continuó mi primo—. Tú dices que está triste, que te entristece verlo así; ¿acaso cuidado sería más alegre?

—Sin duda.

—No sé; todo es triste, muy triste.

—¡Hombre!

—Tú has visto lo que llamáis el mundo; yo no.

—Viaja; creo que estás más amargado que tu madre.

—¡Quién sabe! Así es mi vida; jamás salí del lado de mi madre, y poco a poco, a medida que iba creciendo, se me iba infiltrando en el alma la pena de ella, su melancolía. Ella ha visto desaparecer a sus padres, y al mío, a sus otros hijos; luego, tú te fuiste y la abuela se murió. Nos quedamos solos en este caserón lleno de recuerdos. Me ha amado con amor inmenso, pero egoísta; siempre ha querido tenerme a su lado; he estudiado en casa y he ido a examinarme a Salamanca. Es mi madre, no puedo quejarme, pero ella ha olvidado que soy joven y que empezaba a vivir, y me ha hecho aborrecer la vida, considerándola tan sólo necesaria para alcanzar un ideal de más allá de la muerte. En vez de ir olvidando sus penas, cada día las ha ido recrudesciendo más. ¡Cuántas han sufrido en la vida más que ella! Ha sido muy débil; a la primera ráfaga de dolor ha inclinado la cabeza y no ha vuelto a levantarla. Y es natural; ella, que se ha encogido, reclusándose en la antigua casa de nuestros antepasados, no podía infundirme ánimo para emprender la jornada de la vida, que es harto penosa; y a mi vez me siento débil, Javier, más de lo que tú puedas figurarte; y tengo miedo, porque cuando he querido avanzar en los caminos

que vosotros emprendéis, he sentido que están llenos de zarzas, y sus espinas se han clavado, punzantes, en mi corazón. He retrocedido. Y ahora quiero huir de la vida.

—Me han dicho —dije—, y no he querido creerlo, que te inclinas a ser sacerdote o, más bien, que te impulsan a que lo seas.

—No, Javier; es indudable que me atrae la Iglesia —dijo, tratando de hablar con convicción.

Quise reírme, y dije:

—¡Ah!, ya comprendo; algunos amoríos; un desengaño...

—¡Cál!, eso sería muy vulgar. No sé qué es eso.

Se puso en pie, y con la vara de fresno trató de levantar una de las ramas de una araucaria que, desmayadamente, caía sobre el césped.

Yo reconocí aquella antigua conífera; el verde oscuro de sus ramas se veía grisáceo por el polvo. Nunca la regaban con la manga que, ya inútil, permanecía olvidada, tendida sobre la hierba. Y hacía tiempo que no llovía; era un verano cálido; reinaba una sequía que amenazaba las cosechas y llenaba de consternación los espíritus de los campesinos.

Me levanté también y me acerqué a Agustín.

—Si tú quieres —me dijo—, ahora que estás aquí puedes hacer arreglar el jardín. A mí me alegraría, ¿sabes?; tal vez variando... —se detuvo y no prosiguió.

Luego se alejó, tomando una regadera que estaba casi oculta tras un rosal.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Regar esos rosales; hará un año, por lo menos, que no la usaban; si no lloviera...

—Ya veo que la habían abandonado —dije, riendo al verla toda estropeada.

—Pues a mí eso me da pena —dijo Agustín, sintiendo en esa parte, con la ductilidad de su carácter, el influjo de mis reflexiones.

Hundió la regadera en el estanque; las hojas, que casi cubrían el agua, se arremolinaron, y el limo del fondo se removió, y los peces se agitaban ondulantes, y el agua al entrar en la regadera borbotó, como protestando de que interrumpieran su tranquila somnolencia.

Agustín se alejó por uno de los senderos trillados entre el césped por las pisadas de los paseantes.

Llevaba la regadera, que, agujereada por la acción del tiempo y del abandono, goteaba continuamente, dejando rastro ondulante con una línea de agua, que la tierra, cálida, bebía ávidamente.

—¡Agustín! —le grité—, cuando llegues a los rosales estará vacía.

Se volvió y rio mientras levantaba la destrozada regadera.

—Todavía hay agua —dijo.

Seguí la senda que él anduvo y me acerqué a verlo regar.

El agua, al caer con fuerza, hacía inclinar temblorosas las flores, y algunos pétalos caían revoloteando. Una ráfaga de frescor se desprendía de los arbustos rociados.

En el pequeño trozo del jardín que regó mi primo, parecía sentirse un estremecimiento de vida.

Se levantó una ligera brisa que agitaba los rosales.

—Creo que te lo agradecen —dije a Agustín.

Sonrí y permaneció contemplándolos en silencio; yo lo miraba a él y reflexionaba sobre lo que me había dicho; me parecía que sufría y creí que, en efecto, era excesivamente débil; pensé también que todo era fruto de la debilidad de su madre.

—Oye, Agustín: ¿sabes lo que se me ocurre? Que a ti te hacía falta una cosa: regarte como a los rosales.

—¿Cómo?

—Tu riego consistiría en que, cogiéndote yo por mi cuenta, te llevara por ahí, a París, a Madrid, para que gustaras de esa vida que desconoces; porque puesta la hipótesis de que persistieras en ser sacerdote, te vendería conocer aquello para comparar. Convéncete: la vida no es ésta que tú llevas en este viejo pueblo.

—Quizás tengas razón —dijo—; quizás aquella vida sea mejor que ésta; en fin, ¿qué sé yo?

Y con gesto de disgusto arrojó sobre la hierba la regadera vacía.

—¡Si yo me dejara tentar por ti!... —continuó—; pero te lo repito: ¡tengo miedo!

—¡Miedo! ¿Miedo a qué? —le pregunté—. Había comprendido que algo había en su alma oculto para mí. Si no, ¿por qué aquel replegamiento en sí mismo, aquel querer huir de la vida?

—Tengo miedo —dijo— a incurrir en aquello en que has incurrido tú; si yo hiciera lo que tú has hecho, si viviera la vida que has vivido, ella, mi madre, se moriría. Ella trata de salvar, conservándola cuidadosa entre sus manos, mi alma.

—Tu alma, el alma... —repetí turbado.

—Cuando aquello, ya tú sabes —dijo temeroso Agustín—; cuando hipotecaste la dehesa que heredas-te de tu padre porque no te alcanzaba la renta que te enviaba a París nuestro administrador, mi madre tuvo un disgusto enorme, y entonces la veía a menudo rogar a Dios por ti, porque no tienes padres que por ti velen.

Agustín no comprendía que me hacía sufrir.

—Entonces —continuó— me puso por ejemplo tu proceder, y me dijo que el día en que yo hiciera algo semejante, pensara que ella había muerto. Era algo exagerado, lo comprendo; pero ¿qué quieres? Al poco tiempo lo olvidó todo, esperaba anhelante tu vuelta; tú

tardabas, estabas aferrado a aquello; al fin te escribió que vinieras, y viniste.

Volvimos hacia la casa. Yo pensé que Agustín, a pesar de ser tan débil, un pobre de espíritu, era superior a mí, que su alma encerraba muchos sentimientos por mí ignorados.

Me sentía un poco violento por sus palabras, libres de todo reproche; y como no sabía qué hacer ni decir, saqué la cajetilla de los cigarros y los ofrecí a mi primo.

—No fumo —me dijo.

Creo que temió que yo me burlara de él, porque lo vi turbarse; pero aquello me pareció muy pueril.

—Eso no es pecado, fray Agustín —dije riendo.

—¡Claro! —respondió—. De seguro que piensas que soy un pobre de espíritu.

—Yo no he pensado tal cosa, chico —le dije vacilante.

—Pero ya sabes, Javier: “bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

—Luego tú crees, tú esperas... —dije.

—Es indudable que creo y espero; más que tú.

¡Oh!, ya lo creo que era indudable; las ciudades me habían borrado las antiguas creencias, suaves y confortadoras.

Nos encaminamos a un portón que daba a una callejuela, abierto en la tapia del jardín. Agustín descrió

el cerrojo rechinante y abrió la puerta, que se resistía, entorpecida por la humedad y la hojarasca amontonada tras ella, y salimos.

Algunas persianas de las viviendas fronterizas cruzieron, entreabriéndose.

—Las curiosas del pueblo —dijo risueño Agustín—; casi nunca abrimos por aquí, y les extraña.

Y echó la llave, una llave grande y enmohecida, que guardó en el bolsillo.

Caminamos largo rato, hasta salir al campo; íbamos a ver una posesión de mi tía, que en los contornos denominaban El Encinar; tomamos el camino real, y a un lado y a otro veíamos la extensión dorada de los trigos, y delante, a la diestra de la carretera, alcanzábamos a ver una masa de árboles de verde sombrío, ceñidos por la faja clara de los tapiales; volvía ya a ver la posesión de mi tía, aquella en que había pasado veranos tan felices en mi infancia.

Agustín me hablaba del campo con vehemencia; de la naturaleza con adoración de panteísta; de todo aquello que tanto amaba, que era como su propia alma; de aquellas tierras de extensión serena; de aquellos horizontes anchurosos de que se saturaba su espíritu en su infancia y en su adolescencia.

Concebí la esperanza de que su afición al sacerdocio tuviera algo de ficción; me pareció que amaba dema-

siado la vida, aunque decía que le tenía miedo; que era muy joven, que había en su alma exquisitices de artista que eran las que le hacían amar la naturaleza y la vida con intensidad; y, sin embargo, me atemorizaba algo desconocido, lo que yo presentía que él me ocultaba.

Nos cruzábamos en el camino con los carros que regresaban cargados de trigo y con los campesinos, aquellos hombres fuertes como restos de una raza heroica; los del corazón de España, los que hicieron antaño la grande obra reconquistadora; los hombres de los que hogaño nos cuentan hazañas increíbles, rasgos de nobleza conmovedora; hombres enjutos, de lento caminar, de virilidad legendaria, con su pintoresco vestir arcaico. Deteníanse a saludarme al verme con Agustín, al que conocían y amaban, y al recordarse de mí, se admiraban de la obra del tiempo.

Las mujeres, aquellas mujeres sencillas del campo, amorosas, me daban la bienvenida santiguándose asombradas y musitando votos por mi dicha.

Y luego se alejaban, y yo veía que con su andar rítmico, oscilante, imprimían a sus sayas de tonos abigarrados un vaivén acompasado y lento...

En El Encinar había una vieja casa destartalada, con grandes estancias siempre invadidas por el sol, con pavimentos de ladrillos rojos, con techos de gruesas vigas de roble.

Yo recordaba aquellas amplias estancias, donde pasaba las anheladas vacaciones cuando era niño, en el tiempo de la siega; y a la entrada del otoño, cuando los pajares estaban repletos de heno aromoso, regresaba al pueblo, a la casa solariega.

De aquella posesión del bienhadado Encinar cuidaban Ramón, el viejo criado que me esperó en la estación del ferrocarril, su mujer y sus hijos, la sana María-Cruz y el fuerte Juanito.

Descansamos de la jornada sentados en los grandes bancos de madera de la cocina, una cocina amplia, en la que, por ser verano, estaban las ventanas abiertas, y en la que en invierno se reunían los mozos que labraban nuestras tierras, en torno del hogar, donde ardía generoso fuego, a referirse los acontecimientos campesinos.

Charlaban los viejos servidores, con su charla animada, de todo lo acontecido en aquel tiempo, cosas que a mí me interesaban por su raro y agreste sabor.

En el fondo, en una penumbra grata, en el inmenso hogar, una olla hervía, y yo oía su rumor, ese rumor que tanto agrada a estas buenas campesinas. Sobre la cornisa de la ancha campana, ordenados y brillantes, se alineaban los envases de barro, que ya guardaban para el invierno almíbares y compotas, que pronto serían llevados a la casa del pueblo.

Y yo los contemplé, los reconocía, los recordaba de mi infancia, y sabía que estas buenas castellanas los preparan con cuidadosa solicitud todos los veranos; veía en ellos una muestra de su ser ordenado, tranquilo, que provee al bienestar de los que le rodean y les hacen amar la vida del campo en Castilla.

Por la abierta ventana contemplábanse las frondas verdinegras y rumorosas de las encinas, y tras de su ramazón umbrosa veíase a trechos el azul límpido y transparente del cielo. Un sano perfume agreste llegaba hasta nosotros, penetrante, de romero, tomillo y plantas silvestres, que se unía al aroma más aristocrático de los geranios que María-Cruz cuidaba en la ventana.

—Vengan mañana bien temprano —dijo Ramón—; iremos de caza.

—Pero todavía hay veda —dijo Agustín.

—Podemos ir al coto, señorito; pasadas las chozas de los pastores, en el otro encinar, hay buena caza.

Y así se convino; allí comeríamos al día siguiente; y bien que se alegraba Teresa, su mujer, preparándose a guisar para nosotros.

Merendamos, y después de recorrer la posesión, cuando ya el campo estaba envuelto en la bruma del crepúsculo, regresamos al pueblo.

IV

Trasmontaba el sol aquella sierra lejana, que apenas entreveían nuestros ojos, y que limitaba la extensa llanura castellana, cuando ya Agustín y yo caminábamos hacia El Encinar.

Muy temprano había entrado en mi alcoba mi primo, vistiendo ya un traje de caza de pana oscura, habiéndome despertado con su charla alegre de rebuscada frivolidad, y abierto los postigos de la ventana para que llegaran hasta mi cama las primeras luces matutinas.

Predicome, risueño, acerca de lo saludable que era madrugar y criticó la costumbre que yo había adquirido en las ciudades de levantarme al mediodía.

Le rebatí sus argumentos en medio de una somnolencia que me era imposible sacudir, y al fin, con un esfuerzo de mi amor propio, conseguí levantarme.

Mientras yo me remojaba con el agua, deliciosamente fresca en aquella hora matinal, hundiendo en la palangana el rostro y la cabeza, sentose Agustín al borde de mi cama y charloteó mucho, casi alegre, lo cual era en él tan raro que me volví con frecuencia a mirarlo.

Y así habló largamente, hasta que yo estuve vestido, y atravesamos los grandes corredores silenciosos que tenían resonancias de claustro, de la casa ancestral, y fuimos al comedor para desayunar, a aquel antiguo comedor que daba al abandonado jardín, del cual, por los balcones, veíamos las frondas de las acacias en flor.

Sólo entonces calló Agustín, y yo pensé que, sin duda, rezaba la primera oración del día, con la misma fe pura con que yo oraba cuando era pequeño. Pensé también que para aquello se necesitaba tener el alma candorosa de un niño. Pero no sé cómo, sin darme cuenta de ello, me acordé de las palabras de Cristo, que oí repetir tantas veces a la abuela muerta: “En verdad os digo que, si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”.

Y permanecí silencioso, pensando en aquel espléndido reino de los cielos con que tanto soñara mi mente fantástica y candorosa de niño, y que ahora rechazaba mi mente escéptica y rebelde de hombre.

Por el ancho balcón del comedor entraba la luz clara del amanecer, una luz fría de día nublado.

La criada, una muchacha fuerte y sana, montaraz, iba y venía, sirviéndonos el desayuno, con movimientos pausados, todavía somnolentos.

—¿Crees que hoy lloverá? —le pregunté por decir algo.

—No, señorito; cuando el sol suba más, aclarará —dijo, con la experiencia de la gente del campo.

Y seguí mirándola, hasta hacerle bajar los ojos, y contemplé sus grandes pendientes de filigrana portuguesa y su collar de cuentas de oro, esas alhajas que tanto aman las charras.

Como habíamos terminado, Agustín se puso en pie y ambos salimos del comedor; pero no pude resistir a la tentación de echar un piropo a la muchacha al pasar a su lado, y le dije algo atrevido que la hizo sonrojarse.

—Vamos, Javier —dijo Agustín, haciéndose el distraído.

—Mi oración matinal —pensé yo.

Y luego me arrepentí de turbar así la paz de la vieja casona.

Al llegar al Encinar ya oímos desde la entrada el ruido que con sus cacerolas hacía Teresa en la amplia cocina donde estuviéramos la tarde anterior, y allí nos dirigimos ambos.

Ramón quiso, antes de salir de caza, llevarnos a ver las paneras repletas del trigo últimamente recolectado; pero Teresa tenía ganas de charlar conmigo y me retuvo. Ramón se llevó a Agustín.

Teresa suspiró y contempló a mi primo, que se alejaba con el viejo; suspiró como suspiran estas mujeres cariñosas, de almas sencillas, cuando ven a uno de

los niños que han criado, ya hombre, seguir una senda que a ellas las llena de pesar, y sin que ellas puedan oponerse.

Comprendí que quería hablarme acerca de Agustín; pero vaciló un momento, y luego, con charla voluble y pintoresca de campesina, acometió al asunto:

—Usted se acordará, señorito, de la niña mayor de don Serafín Olmedilla, el comandante retirado; ya es una mujer. Cuando usted se fue, iba al colegio entavía con la trenza suelta; no es muy guapa, no; pero es bonitilla, y aluego un ángel, señor, un ángel. Figúrese usted, señorito, que la probecita apenas si tenía los catorce cuando murió su madre al tener un niño, y se quedó ella sola con el padre y los sus hermanos, ¡siete!, señorito; todos así, cabían debajo de un cesto; ¡qué desgracia, Virgen Santísima! Partía el corazón de los ver, a ella rodeada de todos aquellos niños, ¡angelitos de Dios! Pues ella, señorito, ni una queja, calladita, a todos los atendía, y cuanti mayor eran los penares, ella más fuerte, como si la su madre fuera. Al más pequeño, al que dejó su madre al morir, lo crío una sobrina mía; por eso todo lo sé de buena ley. Pues bien, como le iba diciendo, la señorita era tan buena que todos la querían en seguidita de conocerla; y a este señorito Agustín, que yo he criado y que es un santo, le gustaba la niña; yo adiviné sus pensares; él la quería mucho. Alue-

go, ya pal agosto del pasado, se hablaban y hubieran sido felices con su bienquerer; pero el Diablo metió el rabo, Dios me perdone, señorito. Se me enciende la sangre cuando pienso en lo que aconteció. Su tía de usted, doña Damiana, es una bendita; pero con su buena intención too lo echó a perder. Como la señorita era probe porque el sueldo del su padre, pa' nueve, excuso decirle que no hay pa' empezar, y aunque tiene otro sueldito de administraor del señor marqués, no es na; y aluego, que no faltan en el mundo malas lenguas: empezó el lleva y trae. Don José, el capellán de su tía de usted, es otro bendito; quiere al señorito Agustín; pero lo quiere pa' ellos, pa' hacerle cura; y empezó la oposición; y como él es así, tan débil..., que otro se planta; pero, él ¡cá!; si la su madre y don José hacen dél lo que quieren. Y la señorita, en cuanto que se enteró de las habladurías, como es así, tan orgullosa, y hace bien, porque como ella no hay otra, y se dijo que ella lo quería pescar porque era rico, quiso romper con el señorito Agustín, y eso que él entonces fue un poquito fuerte, porque la quería; pero la su madre dale que dale, que no quería que fuera su novio.

”Pero una tarde, cuasi pa' febrero pasao, estaban aquí al fuego los mozos que trabajaban en la dehesa de su tía: los que araban las tierras de labrantío y los que llevaban el trigo de las paneras pa' venderlo en Sa-

lamanca; en eso allegó el señorito Agustín, que traía un recao del ama pa' Ramón, y se quedó ahí parao donde está usté; y las muchachas hablaban, ¡charlatanas, Dios las castigue!, que hablan más que gitanas, y una de ellas dijo:

—¿Sabéis vosotras a quién he visto hoy? A la hija de don Serafín, de paseo con el hijo del señor marqués, al que administra las tierras el padre de la señorita. ¿Si será su novio?

”Oírlo el señorito y quedarse más blanco quel papel, to fue uno. Me dio el recao pa' Ramón, y como hacía frío, se subió el cuello del gabán y salió. Volvió a montar a caballo y en seguidita volvió al pueblo; comprendí lo que le pasó. ¡Dios, cómo lloré aquella noche! ¡Probe! Sabía lo que iba a pasar, y como lo quiero como a los mis hijos de mis entrañas...; y too sacabó aquella noche; y la probe señorita se quedó así —concluyó Teresa, lloriqueando y enseñándome su dedo meñique—. Por eso se quiere hacer cura. Aluego supo que fueron malas lenguas. Los malos se salieron con la suya, señorito”.

No le respondí, y la vi en silencio llorar. ¿Era aquello lo que yo presentía que Agustín me ocultaba?

Después, de prisa, se enjugó las lágrimas con el delantal, se inclinó hacia el caldero que estaba suspendido de las llares sobre el hogar donde ardía el fuego, porque Agustín entraba seguido de Ramón.

Entonces Teresa se quedó contemplando, amorosa, a mi primo; luego, con movimiento espontáneo, se acercó a él y lo besó en las mejillas, como en los lejanos días en que era niño, con cariñosa tristeza.

Y volviéndose a mí, dijo:

—¿Verda, señorito Javier, que es muy guapo? A éste lo crie yo —añadió con orgullo—; parece mentira; parece que fue ayer que ajugaba con usté en las eras.

Recordé los días lejanos, bajo el sol radioso de Castilla.

—Parece que era ayer —repetí.

—Pues a mí —dijo Agustín— me parece que hace una eternidad: ¡es tan largo el tiempo!

—¡Ay, hijo mío, es tan corto! —dijo Teresa—, si la vida es na.

Ramón nos dio las escopetas y los tres salimos a cazar, despidiéndonos de Teresa. Poco se cazó aquel día, pero pasamos unas horas muy gratas allí.

Por la tarde, a cosa de las cuatro, cuando ya habíamos merendado, con gran regocijo de Teresa a la que dimos muestras de que el día de campo nos había abierto el apetito, yo, más contento que Agustín, y ambos con los zurriones un tanto desprovistos, emprendimos el regreso al pueblo.

Como por la mañana augurara la criada, el día aclaró y la tarde fue espléndida.

La conversación de Teresa me dejó mal impresionado; la cuestión de Agustín no era tan sencilla como en un principio creyera; me acordé de lo que me había dicho el día anterior en el jardín abandonado: “cuando he querido avanzar en los caminos que vosotros emprendéis, he sentido que están llenos de zarzas; sus espinas se han clavado, punzantes, en mi corazón, he retrocedido y ahora quiero huir de la vida”.

No era un desengañado vulgar, porque no había tenido ningún desengaño; la hija de Olmedilla seguía mereciendo todo su aprecio, acaso todo su amor, que todavía existía; pero Agustín, aunque conocía la virtud y el amor de ella, no quiso hacer las paces, más bien no lo dejaban, y él era demasiado débil. Su madre, implacable, había dicho: “¿Quieres ver tu hogar, desde el primer día de casado, convertido en hospicio? Cásate con ésa; verás a los Olmedilla caer sobre ti: ocho hambrones; tres chicos a quienes dar carrera. Claro, ella no es tonta; uno como tú es un partido que no se debe despreciar”. Luego, ella y don José, el capellán, le hablaban del cielo y del alma; y él, por esto y porque no quería luchar, pues la polémica y los llantos lo anonadaban; y la hija de Olmedilla, porque llegó a sus oídos lo que doña Damiana decía de ella, jamás cedieron a una reconciliación. No dejaron de ser amigos, pero el tiempo y una mezcla de reserva y dignidad recíprocas los alejaban cada vez más uno de otro.

Lentamente regresábamos por la carretera hacia el pueblo. El sol ya nos daba de soslayo, y nuestras largas sombras, con los accidentes del terreno, veíanse quebradas, temblorosas, como si fueran proyectadas sobre agua. El aire nos traía las voces y los cantos de las mujeres que lavaban en el regato cercano. Veíanse los trigos limitados por la sierra lejana, cuyos contornos eran de un azul tan pálido que casi se confundía con el cielo.

En esto, vimos venir de frente a nosotros un grupo de personas: un anciano, una joven vestida de claro, con una sombrilla encarnada, que, movida por su dueña, oscilaba como una gigantesca amapola agitada por la brisa y, en torno de ambos, seis o siete niños que corrían y cantaban.

—Mira, Javier —dijo Agustín—, allí vienen los Olmedilla; no sé si los recordarás.

No demostró querer rehuir el encuentro.

—Son muy buenas personas —añadió mi primo—; nunca se han tratado con mi madre por un injustificado retraimiento de ella y, sin embargo, cuando murió la abuela, la mayor, aquélla de la sombrilla roja, que aún era muy niña, llevó al cementerio, a su tumba, una corona, en cuyas cintas leíase su nombre: Paulina Olmedilla, y también los de otras niñas. Nuestra abuela les había regalado los velos de primera comunión; por

entonces esta familia estaba en situación muy precaria; ahora han mejorado, pero muy poco. La abuela no quiso que estas niñas, casi pobres, hicieran sin velos blancos su primera comunión y, en recuerdo de eso, a iniciativa de Paulina, llevaron a su tumba una corona. La abuela fue muy querida por todos; fue tan piadosa que los tristes la recuerdan como en los días nublados y fríos del invierno se recuerda el tibio rayo del sol de primavera.

Los Olmedilla estaban ya casi enfrente de nosotros. Agustín se echó a reír.

—Soy un romántico imposible, ¿verdad, Javier?

No os diré cómo era el comandante retirado don Serafín de Olmedilla. A un viejo militar es muy fácil figurárselo; y habéis de saber que este señor era el perfecto tipo del retirado; sé que os lo figuráis enjuto, con pera blanca y el aspecto de hidalguía del antiguo castellano. Creo que he acertado con el tipo que os figuráis; si es así, conocéis al señor de Olmedilla.

Él me saludó con la cariñosa rudeza con que lo hacía cuando yo era niño. Su hija sonrió, reconociéndome, y me tendió la mano, y los chiquillos me rodearon, curiosos.

Estábamos agrupados en medio de la carretera. Paulina esquivaba la mirada de Agustín, pero no parecía cohibida y hablaba con absoluta naturalidad.

—Ahora llevo todas las tardes de paseo a ésta —dijo don Serafín, señalando a su hija mayor—; está algo paliducha, y a los pequeños no les viene mal correr por el campo.

Agustín había mirado a la muchacha, al oír a su padre, con un interés vagamente temeroso; pero luego fingió jugar con uno de los pequeños, que reía, enredado en sus piernas.

Yo miraba a Paulina Olmedilla, pero no pude saber si era cierto que estaba pálida, porque el reflejo de la sombrilla encarnada la coloreaba ligeramente.

Pensé si aquellas parisienses que por tanto tiempo habían absorbido mi atención hubieran hecho lucir tanto aquel vestido de muselina, de tonos desvañecidos.

Me fijé en el modo con que su mano izquierda recogía la falda, ciñéndola a las caderas, de suaves curvas de niña delicada. Aquel sombrero de paja, con jacintos rosa, armonizaba bien con sus cabellos rubios, muy pálidos y muy sedosos.

No os figuréis que era una belleza. Tenía una carilla dulce, acaso podía ser bonita; pero sus facciones os hubieran parecido demasiado incorrectas, demasiado indefinidas. Los ojos eran garzos, de mirada apacible, suave, que siempre parecía como que miraban algo que estuviera muy lejos.

Estaba tranquila; pero comprendí que un sentimiento de delicadeza le hizo temer que Agustín estuviera violento, y propuso a su padre seguir el paseo; mas aquel señor estaba cansado, y quiso regresar al pueblo; y entonces, como no podía ser de otra manera, todos caminamos juntos hacia la vieja ciudad.

Agustín me miró; adiviné su deseo: él no quería hablar con Paulina; y hábilmente me adelanté con ella, dejándolo más atrás con don Serafín.

Los niños corrían delante, ganosos de aspirar aquel aire que tan bien sentaba a sus pulmones. Gritaban, cantaban, y a veces reñían entre sí. La hermana mayor, aquella pequeña madre, delicada y cariñosa, seguía los con ojos inquietos, cuidadosos, y ellos continuaban gritando y corriendo, encaramándose en los ribazos, sujetándose a los romeros y enredándose en las aulagas.

—¡Pobres! ¡Cómo gozan así! —dijo.

Y yo adiviné la conmoción de su alma tierna.

—Usted, Javier, no conocía más que hasta aquél, Serafinito, aquella otra niña, Lucía, y éste, Luisín, nacieron después que usted se fue. Éste es al que dio a luz mi madre al morir.

Miré a aquel niño, que se había acercado a su hermana; un niño que empezó la vida en circunstancias análogas a las mías; me sentí conmovido, acaricié aquella cabeza rubicunda y me incliné a besarlo.

Agustín me había llamado, y me volví. Don Serafín se había sentado en una gran piedra que había al borde del camino.

Entonces la muchacha y yo volvimos a ellos.

—Vosotros, los jóvenes, jamás os cansáis —dijo el anciano—; pero cuando la carga de los años es tan grande, ya es otra cosa.

—Si quiere usted sentarse —dijo Agustín a la joven— aquí hay asiento, Ina.

Él todavía la llamaba por aquel diminutivo de Paulina, que desde su niñez le daban los que la conocían.

—No estoy cansada; gracias, Agustín.

Y lo miró con sus ojos llenos de apacibilidad.

—Déjala —dijo don Serafín—; siéntate tú aquí, y sigamos nuestra charla, que es indudable que te expresas muy bien; pero tienes en la cabeza ideas que no hay Dios que te las quite.

Agustín sonrió, y se sentó al lado del viejo.

Enfrente, al otro lado de la carretera, había un ribazo cubierto de menuda hierba; que separaba unas tierras de labrantío del camino.

Paulina cerró la sombrilla, y con ella, en un movimiento ajeno a toda coquetería, me señaló el ribazo, y dijo:

—Si usted quiere, nosotros nos sentaremos allí y dejaremos a éstos hablar libremente; parece que les preocupa su conversación.

Y risueña, con ligereza, atravesó el camino. Yo la seguí despacio, intencionadamente, para que subiera sola el ribazo; y cuando llegué allí, ella estaba ya sentada en aquella pequeña eminencia, y con la sombrilla alisaba la falda para que alcanzara a cubrir los pequeños pies que yo miraba audazmente, olvidándome de que eran de una señorita de un viejo pueblo castellano; y subí hasta allí y me senté a su lado con las piernas extendidas sobre el declive cubierto de hierba.

—Bien pudo usted ayudarme y haberse adelantado a darme la mano. ¡Quién lo creería!, ¡de París viene usted hecho un salvaje! —y se echó a reír con una risilla sonora como rasgar de sedas.

—¡Por Dios, Ina! —dije llamándola por el nombre que todos le daban.

Allí, como estábamos un poco altos, nos daba más el sol y abrió Ina de nuevo la sombrilla.

—Dígame usted, Javier: ¿es cierto que su primo piensa hacerse sacerdote?

Y con la mirada señaló a Agustín, que allí, un poco más abajo de nosotros, hablaba con el viejo. El sol poniente les daba por la espalda, y las sombras de ambos eran tan largas que atravesaban el camino y llegaban hasta el pie del ribazo.

—Diga usted: ¿es verdad? —repitió Ina.

—Sí, es verdad —le respondí—; y le digo esto, señorita, porque creo que es imposible hacerlo desistir.

Ina no dijo nada, sólo que debió estremecerse, porque la sombrilla encarnada osciló; y yo pensé que, a los que la vieran de lejos, les parecería una gigantesca amapola, movida por el aire.

Y los dos contemplamos en silencio los álamos que se destacaban en el cielo sobre la gran mancha ígnea del sol poniente, y que indicaban el curso del río a través de la llanura castellana.

Volviéndome, vi detrás de nosotros la sierra que limitaba el horizonte, lejana; apenas la veía dibujarse sobre el cielo, con los tonos violados del crepúsculo.

Los niños seguían jugando; sus voces alegres interrumpían el silencio triste de aquellas horas; y muy lejanas, argentinas, oímos las esquilas del ganado que retornaba al aprisco.

—Es consecuencia natural de su carácter —dijo al fin la joven; y como ya el sol no molestaba, cerró la sombrilla.

—¿Lo cree usted así? —le pregunté.

—¿A qué dudarle? Usted lo sabrá seguramente mejor que yo. Es por cobardía. ¿Cree usted que por el temor pueril de perder una gloria, una bienaventuranza, a las que, en nuestra fe, aspiramos todos y a las

que, de todas suertes, también puede aspirarse fuera del sacerdocio, debamos hacernos infelices en la vida?

Y nerviosamente, con la punta de la sombrilla, abría pequeños surcos en la tierra del ribazo.

—Si fuera así —continuó— todos deberíamos abandonar la vida, siendo así que en ella todos tenemos, por el contrario, alguna misión que cumplir. Yo, en plena juventud, vivo una vida llena de cuidados, como si fuese madre de siete hijos: éstos, mis hermanos, son mis hijos —añadió tiernamente—. Yo no he sentido miedo de esta lucha, no; y, sin embargo, ¿no cree usted, Javier, que debiera atemorizarme el porvenir? Mi padre es anciano, está enfermo. Si sucediera una desgracia, ¡Dios no lo quiera!, ¿qué haría yo con estas criaturas, estos varoncitos, a quienes hay que asegurar el futuro? Y, sin embargo, espero sin miedo ese porvenir.

Había hablado con amargura, con franqueza, y con esa autoridad que da el sentirse superior al que se juzga. Ella era fuerte; Agustín era débil. Los comparé a uno con otro; ella, una niña de temperamento delicado; él, un hombre robusto, lleno de juventud, que debía mirar la vida frente a frente; y Agustín, al principio de la jornada, ante el primer amago, se batía en retirada, mientras Ina perseveraba en la obra emprendida a los catorce años; aquella obra cuya mag-

nitud aumentaba a medida que avanzaba el tiempo y que los niños se iban haciendo hombres.

Yo he oído decir que el que es débil físicamente, lo es también en lo moral; entonces lo hubiera negado.

Bajo el cuerpo endeble de aquella niña se cobijaba un espíritu fuerte, un espíritu del que carecía Agustín, del que acaso carecía yo también.

—Tal vez —dijo Ina— juzgamos a su primo a la ligera; algunos dicen que para renunciar al mundo se necesita un valor inaudito, excepcional, por tratarse de renunciaciones que no todos alcanzamos a comprender.

—Pero él huye por miedo a la lucha de la vida —repuse—, que creará menos ruda en el estado eclesiástico; acaso sean complejidades de su psicología. ¿Quién es capaz de internar en las almas?

En los campanarios de las iglesias del pueblo voltearon las campanas. Hasta nosotros llegaron los sonos del *angelus*.

Vimos a Agustín y al anciano ponerse en pie y descubrirse; yo hice lo mismo, y vi los labios de Ina estremerse con el murmurio de una oración; y luego sus hermanos vinieron a rodearla, cariñosos.

La melancolía del campo se acentuó en aquel instante; no era el anochecer lleno de rumores de las ciudades: era el crepúsculo callado de los campos castellanos,

solemne, lleno de paz. Parecía que Ina con su confianza había intimado más conmigo, y al descender del ribazo la ayudé sin miedo.

Después, todos reunidos, avanzamos por la carretera; y los niños, que iban delante, se estrechaban en grupo, como las ovejas cuando retornan al redil.

En aquel momento el son de una bocina se oyó tras nosotros. Era un sonido al principio ronco, después agudo, estridente, que rasgó el silencioso velo del crepúsculo e interrumpió la paz de los campos.

Y nos hicimos unos a un lado de la carretera y otros al otro.

En las ciudades yo había visto los automóviles sin extrañeza, como una consecuencia natural de la civilización; pero allí, a través de los sosegados campos castellanos, ver un automóvil por la carretera, envuelto en la blanca nube de polvo que levantaba en el tranquilo camino por el que avanzaba rebotante, interrumpiendo el quietismo de las horas crepusculares, me produjo un extraño efecto, un inexplicable malestar: pareciome algo de violación o sacrilegio.

Y todos lo vimos pasar en silencio, con el silencio en que siempre vemos el paso de estas cosas que nos empuñan, que nos debilitan; con ese mudo asombro que nos causa lo que rompe la monotonía de la vida, de estas costumbres arcaicas de los pueblos viejos y olvidados.

El automóvil pasó y se perdió de vista tras la nube de polvo que dejó, y seguimos allí parados, silenciosos.

—Es el automóvil del hijo del marqués del Júcar —dijo al fin Olmedilla.

Nos reunimos de nuevo y seguimos hacia el pueblo por la carretera, que había recobrado su quietud.

Y yo pensé en aquel hombre que pasó en su automóvil, entre aquéllos que él involuntariamente separó. Al dejarle libre el paso, Ina se había retirado a un lado del camino, mientras Agustín se retiraba al otro, y el automóvil había pasado entre los dos; y no sé por qué me pareció que jamás podrían reunirse, a pesar de que los veía ante mí, andar uno al lado del otro, llevando al más pequeño de los niños cada uno por una mano, pues la fábula urdida en el pueblo por las envidiosas, sobre aquel joven *sportsman*, hijo del marqués, y la hija del administrador, aunque pronto se había desvanecido, había sido suficiente para abrir el abismo que los separaba y para marcar un nuevo rumbo a la existencia de Agustín.

Al entrar en el pueblo, ante nuestra casa detuvieron los de Olmedilla para despedirse de nosotros.

Ina tendió la mano a Agustín; acaso ella creyó que, como la calle estaba a oscuras, no la veríamos, y dejó asomar las lágrimas que contuvo durante el paseo; pero yo las vi, porque brillaron tanto sus ojos que en

ellos se reflejó, forjando dos puntos de fuego, un rayo de luz del farol que alumbraba el portal de nuestra casa.

Los dos entramos; los de Olmedilla siguieron hacia su casa, y yo oía todavía las alegres voces de los niños, que resonaban en la estrecha y tortuosa callejuela del viejo pueblo castellano.

V

En el antiguo comedor de la casona habían terminado de rezar mi tía Damiana y las criadas, las viejas servidoras, amorosas y leales, que yo recordaba de mi infancia.

Todavía acariciaba la anciana señora, con sus finas y blancas manos, de dedos afilados, las cuentas negras y gruesas del rosario, que caían pesadamente en el regazo, en aquel regazo al presente vacío y donde antes se acurrucaban aquellos niños rientes, alegría del viejo hogar, que dejándolo desolado, lo habían abandonado para siempre.

Las criadas, al vernos entrar, nos habían saludado, saliendo después del comedor.

—Al fin volvéis —dijo la tía—; os esperaba para cenar. Agustín, he pasado horas muy tristes; otra vez procura no dejarme tanto tiempo sola.

—Te lo prometo —dijo mi primo, y se acercó al sillón en que estaba su madre, inclinándose a abrazarla; y lo hizo con esa efusión casi dolorosa con que abrazamos a los seres queridos cuando tenemos una pena callada.

La pantalla de la lámpara velaba la luz de modo que ésta llegaba atenuada al grupo que ellos formaban, pero no lo bastante para que no pudiera yo ver a Agustín permanecer unos instantes abrazado a su madre y las finas manos de ésta acariciar la cabeza de su hijo. Los blancos cabellos de ella, que ornaban la ya rugosa frente, contrastaban con los rubios de él y con su frente juvenil.

Después, Agustín se irguió y vi lágrimas en sus ojos: una muestra de aquella debilidad que tanto me atemorizaba.

Silenciosos los tres, nos sentamos a la mesa; y ya al final de la cena, Agustín habló de sus proyectos: pensaba empezar en septiembre sus estudios para la carrera eclesiástica. Estaba al fin decidido.

Entonces su madre le tomó las manos; lo miró largamente, con sus ojos profundos fijos en los ojos claros del joven, y luego dijo con lentitud, con su voz cadenciosa que tenía inflexiones de lágrimas:

—Agustín, hijo mío, ha llegado el momento en que Dios ha oído mis ruegos; te veo decidido a abandonar la vida, esta vida que acaso te han pintado llena de goces...

Comprendí que mi tía aludía a mí; en su concepto, yo era un demonio tentador.

—Bien sabe Dios que no he deseado más que tu dicha —continuó—. Me alegra que ahora esté presen-

te tu primo, que él oiga lo que he de decirte: acaso tenga que juzgarme.

Agustín estaba pálido, y sus ojos permanecían fijos en el mantel, de blancura inmaculada.

Yo me sentí desesperado; creía asistir a un sacrificio inaudito.

—Yo, Agustín —dijo mi tía—, he sacrificado mi dicha a esto, ¿sabes?, porque mi dicha hubiera sido verte perpetuar el nombre de tu padre; pero he querido asegurar tu felicidad eterna.

Creí que el delirio del fanatismo impulsaba a mi tía, y hubiera deseado detenerla en su camino; pero me sentía impotente ante aquellos débiles.

—No te he obligado a tomar esta determinación, eso tú lo sabes bien; solamente he trabajado para que llegara el día en que tú la tomaras voluntariamente.

Pensé que era cierto; Agustín me lo había dicho: ella trabajó para hacerle aborrecer la vida.

—Todo por tu dicha, todo por tu dicha —repetió—. Porque esto no es nada, tú lo sabes; todo está allí —añadió, señalando el cielo.

Yo sonreí levemente, fiel a mi escepticismo.

Le hubiera dicho muchas cosas; me sentía impulsado a defender a mi primo de aquella obsesión fanática de su madre; pero seguí escuchándola en silencio.

—He sufrido tanto en la vida que he querido evitártelo a ti. Todo son miserias, dolores; sufrámoslos en silencio para alcanzar el premio; pero evitemos errar la senda en la jornada de la vida para no perder al término la recompensa; y el mejor modo es consagrar a Dios esa misma vida.

Ya en aquel momento me sentí conmovido; comprendí que el alma de mi tía encerraba un amor inmenso a su hijo y una fe grandiosa, y que todo era obra de su debilidad y de su miedo a la lucha con el mundo fantástico que ella se forjaba.

—Ahora veo con alegría llegar el momento que tanto he ansiado desde que eras niño.

La anciana se levantó y miró el reloj; debió parecerle tarde y despidiose de nosotros. Yo la abracé con tristeza; Agustín besó una de sus pálidas manos, y entonces ella puso la otra sobre la cabeza de su hijo, y sus labios blanquecinos se agitaron murmurando una bendición.

Me pareció que pedía a aquel Dios, en que tan fervorosamente creía, la dicha para su hijo, a quien ella, por un desvío especial de su amor de madre, inconscientemente había labrado la infelicidad.

Y los dos, ya solos, oímos sus pasos perderse en la galería solitaria y sonora, y luego abrirse y cerrarse la puerta del oratorio.

Me tendí sobre un antiguo sofá, bostezando con el cansancio de la caminata y queriendo distender los nervios, contraídos por el pesar que me producía la decisión de Agustín.

Éste paseó ante mí, con las manos en los bolsillos, pensativo, y acaso entristecido, a pesar suyo.

Hubiera querido hablarle, emprender una lucha a la que me sentía impulsado; era doloroso el sacrificio de su juventud y sus ilusiones por su debilidad.

Agustín se detuvo ante mí.

—Ya ves, Javier, ella lo quería; ya está hecho.

Parecía querer justificarse ante mí y ante sí mismo.

—¡Eres un bárbaro! —exclamé indignado—; así, sin un día de lucha, dejarte imbuir por esas ideas, dejarte convencer...

Se encogió de hombros; después se quejó de calor y abrió el balcón que daba al jardín frondoso, sumido en sombras y silencio.

Todo el aroma de las madreselvas que se enredaban en los hierros forjados invadió el comedor, con verdadera fruición lo aspiré.

—¡Dios, qué hermosa noche! —dijo Agustín saliendo al balcón y apoyándose abatido sobre el barandal.

Yo también me asomé, hundiendo la mirada en el jardín abandonado, envuelto en las sombras azuladas por la noche clara.

Fresco aire agitaba levemente, caricioso, las madreselvas, y se oían rumores de follajes.

Diamantinas y oscilantes, las luminarias nocturnas punteaban las sombras celestes.

En aquel momento llegaron hasta nosotros las ráfagas musicales de un piano tocado algo lejos, y que trajeron de pronto a mi espíritu una vaga, imprecisa, melancolía.

Eran notas sueltas, frases truncadas, armonías interrumpidas; no pude saber qué tocaban, ni si tocaban bien o mal.

Agustín se enderezó y escuchó atento.

—Una hermosa noche de verano y un piano que se oye a lo lejos; nada, chico, no puede ser una situación más romántica la nuestra —dijo, tratando de sonreír.

—¿Quién tocará? —pregunté, mientras liaba un cigarrillo, apoyado en el marco de la puerta del balcón.

—Es Ina Olmedilla —repuso Agustín—; toca divinamente el piano. En toda la provincia no encontrarás quien lo toque mejor. ¡Y si la oyeras cantar!

Vi que se presentaba una ocasión única. Nunca había hablado de ella con Agustín.

—¿Qué callado lo tenías! —dije—; tú nunca me dijiste nada.

—¡Bah!, ya lo has sabido —me respondió—; y se inclinó fuera del balcón y cogió unas flores de madreselva, que aspiró con fuerza y que conservó entre los dedos, acariciantes.

—Sólo con una muchacha así —dije— me decidiría a casarme.

Agustín me miró con miedo; adiviné la conmoción de su alma, porque sabía en qué concepto me tenía.

—Pero, realmente —seguí—, tú eres el que deberías casarte con ella; entre sacerdote y casado, prefiero lo último; del mal, el menos.

Mi primo trató de echar a broma mis palabras, y se rio.

Después seguimos en silencio, escuchando el piano lejano. Se oía algo más distintamente, y hubo momentos en que llegaron armonías y frases enteras hasta el balcón; parecía como que se refugiaran entre el follaje tembloroso de la madreselva.

—¡Ah! —exclamó Agustín—, es un nocturno de Chopin.

Una luminosidad azulada llenaba los cielos, y en lo alto vibraban las estrellas.

—Oye, Javier —dijo Agustín de pronto—; ya sé que Teresa te lo dijo todo.

—Sí, me lo ha dicho —contesté, desbordando la indignación que en oleadas me invadía el alma—, me

lo ha dicho; eres un estúpido, un cobarde; eso es: un cobarde, ¿eh?; pues, por simples majaderías, despreciar la dicha...; y luego el resultado será que no habrás vivido, porque eso que vas a emprender no es vida; y con tu vida y tus ilusiones más hermosas habrás sacrificado las ilusiones y la vida de esa otra inocente criatura; y todo ello por pura fantasmagoría, por un ideal falso, perdóname que te lo diga: ¡por algo que no existe!...

—Cuidado con lo que dices, Javier.

—¡Qué! ¿Crees, acaso, que porque yo calle han de ser de otra suerte las cosas? Te sacrificas tontamente; esperas que allá te han de premiar el ser débil.

—Eso está bien para ti —dijo—, que eres un descreído; pero yo tengo mis creencias bien arraigadas; es inútil tu predicación, porque no has de vencerme; yo te agradezco tus buenas intenciones.

—¡Santo Dios! —dije—. Veo que en ti hay ya un verdadero estado de conciencia.

Y un gran desaliento se apoderó de mí; y caído sobre el barandal de hierro forjado, al lado de Agustín, oí perderse entre el rumor del follaje las últimas notas del nocturno...

Sacudí las cenizas encendidas del cigarro, que cayeron en menuda llovizna de fuego sobre la madre-selva, apagándose enseguida, como las últimas notas

del piano, como mis últimas pobres esperanzas respecto a la dicha de Agustín.

Y éste, en silencio, mordisqueaba las flores de madre-selvas, saboreando su jugo de rara dulcedumbre.

—Me muero de sueño —dijo—; hoy hemos andado mucho.

Entramos; él cerró el balcón, produciéndose un inarmónico estrépito de cristales, y desde la puerta del comedor llamó a media voz a la criada, que nos trajo dos candeleros con sendas velas encendidas; y aquellas oscilantes lengüecillas ígneas alumbraban el rostro de la muchacha, dándole sombras que lo afeaban y haciendo rebrillar la filigrana de sus pendientes.

Cada uno, con nuestra vela en la mano, nos dirigimos a nuestros cuartos, a lo largo del corredor silencioso, en el que resonaban nuestros pasos con resonancia de galería claustral.

Ante la puerta del oratorio, Agustín se detuvo y la abrió. Una ráfaga de aire que cruzó el pasillo apagó nuestras velas.

—¡Ésta sí es buena! —dijo Agustín—; no tengo cerillas.

—Yo tengo, hombre —le contesté, y él sostuvo un candelero en cada mano mientras yo encendía las velas.

La puerta de mi cuarto estaba enfrente del oratorio. Me habían destinado la habitación que fue de mi

padre; una habitación antigua, con una gran cama de columnas salomónicas e inmensas colgaduras de damasco rojo.

Allí también había dos retratos de mis dos abuelos. Mi abuelo paterno, henchido de orgullo bajo las blancas vestiduras de la orden militar de Santiago, con la cruz encarnada, semejando una mancha de sangre sobre la albura del manto.

El otro, el abuelo materno, lucía, a su vez, el pecho cruzado por una banda y sobrecargado de condecoraciones; con el traje militar antiguo, de alto corbatín, que negreaba debajo de las orejas y casi le cubría la barba.

Allí dormía yo, bajo la égida tutelar de don Fernando Dávila y Cifuentes y de don Álvaro de Arévalo y Fernández de los Ríos, mis ilustres abuelos.

—¡Buenas noches, Javier! —dijo Agustín, entregándome mi vela.

Entré en mi alcoba, y a la luz vacilante de la bujía me pareció que los nobles caballeros de los antiguos retratos estaban enojados, reprochándome que dejara extinguirse en nosotros los ilustres apellidos de Dávila y Arévalo; porque habéis de saber que mi abuelo materno era el abuelo paterno de Agustín, siendo su padre y mi madre hermanos; por lo que él venía a ser Agustín Arévalo y Soldevilla, y yo Javier Dávila y Arévalo.

Contemplaba yo aquellos retratos cuando sentí que Agustín entraba en el oratorio. Asaltome cierta curiosidad por saber qué hacía, y cautelosamente salí de mi cuarto, atravesé el pasillo y empujé la puerta entornada del oratorio, una puerta de cristales con cortinillas de seda roja del lado interior. Agustín no me sintió; yo permanecí en el umbral y pensé que lo encontraría arrodillado, sorprendiéndome verlo de pie en el centro de aquel lugar de oraciones.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y su aspecto no era ni humilde ni soberbio. Parecía orar.

Continué en el mismo sitio, y desde allí vi en los ojos de cristal de la Dolorosa dos puntos de fuego formados al reflejo de la lámpara de aceite que ardía tristemente, como animada también por lágrimas y pesares; y aquellos ojos de la Dolorosa me recordaron los de Ina cuando nos despidió en la estrecha callejuela.

Seguí contemplando la imagen de la Madre Virgen, tendiendo las manos finas que se veían blanquísimas al contrastar con el manto de terciopelo negro que caía en rígidos pliegues pesados bajo el agobio de los bordados de oro. Aquellas manecitas aparecían ensortijadas por un error anacrónico de los fieles, y sostenían el pañuelo de batista y encajes con que, al parecer, había de enjugar las lágrimas de cristal que brillaban en las mejillas pálidas. Mis ojos impíos se fijaban en la virgen con la

piedad que sentía en mi infancia al contemplarla, y seguí acordándome de Ina, la virgen madre de los niños huérfanos.

Y Agustín contemplaba también aquella imagen en silencio, en callada oración.

Después me fijé en aquel Cristo inclinado hacia la tierra bajo el peso de la cruz de concha, que apenas sujetaban las manos escuálidas y céreas; aquel Cristo que entreabría jadeante los labios mustios, como si profiriera una queja que no se oía; Cristo tan humano, tan débil, tan agobiado por el peso de aquella obra inmensa de paz y de amor, tan estéril entre los odios humanos, tan fructífera para las almas elegidas, empezada en Belén y concluida en el Gólgota, que en su presencia sentíase el corazón contraído por un inefable impulso de piedad.

Y lo veía inclinarse hacia la tierra, decaído, a punto de desfallecer, con los ojos fijos hacia adelante, contemplando en la suprema desesperación del abandono la multitud agrupada a sus pies.

Y a sus pies sólo estaba entonces Agustín, aquel corazón sin culpa que tanto lo amaba y que se había ofrecido al Amor Eterno.

Bajo la corona de espinas de plata caían los cabellos, naturales, peinados, rizados; porque aquella corona no destrozaba su frente, y la sangre no los manchaba

como cuando avanzaba por la ruta triste, hacia el Calvario, en el más grande sacrificio de amor que registran los tiempos.

Y bajo la túnica de terciopelo violeta aparecían apenas los pies descalzos, los pies que cruzaron la Judea durante la predicación, aquéllos que le llevaban por las orillas del lago Tiberíades...

Vi a Agustín mover dulcemente los labios, mientras la luz de la lámpara, muriente, iluminaba sus rubios cabellos sobre la frente, pálida como la del Cristo.

Sus labios, humedecidos, seguían agitándose levemente, y sus ojos claros y serenos se fijaban en los de su Dios.

Había en el oratorio un fuerte aroma de flores, y las vi sobre el altar, en un jarrón de antigua porcelana de Sajonia: eran flores de acacia que caían, con abatimiento, sobre el blanco paño que cubría el ara.

Y había allí también, como contraste, flores de papel y de tela, ordenadas en palmillas con artificiosa puerilidad mujeril.

En otro jarrón se marchitaban rosas blancas, y algunos pétalos se desprendían hasta caer sobre la alfombra roja que cubría el pavimento.

La campana del reloj del comedor dio una hora avanzada que se oyó en el silencio profundo del antiguo caserón.

Entonces, Agustín se acercó al Cristo y besó, amoroso, el pie blanco, que apenas aparecía bajo la túnica de terciopelo; aquel pie, humilde como él.

Y antes de que saliese del oratorio, yo había cerrado la puerta de mi habitación.

VI

A la mañana siguiente abrí uno de los baúles de mi equipaje.

La antigua cama de mis antepasados se llenó de recuerdos de París, y bajo los ojos severos de mis abuelos ilustres pasaron fotografías de lindas parisinas...

Estaba empeñado, ante el espejo, en atar el nudo de mi corbata, cuando entró Agustín.

—¡Hola, chico! —le dije.

—Buenos días, Javier; aquí tienes cartas para ti de París.

Cogí las cartas que me entregaba y lo vi pasear una mirada indiferente sobre mi cama.

—Cosas de allá —dijo.

—Sí, cosas de allá, que aquí se pueden llamar cosas del otro mundo —repliqué.

Él se echó a reír.

—Aguarda —le dije, al ver que trataba de salir—, para que te diviertas con lo que me digan de allá.

Entonces se acercó a la ventana y, con las manos cruzadas detrás de la espalda, se puso a silbar una canción que yo no oía desde que era niño.

El jardín estaba lleno de la esplendidez de aquella hermosa mañana.

—Oye, Agustín, lo que dice Alejo Mirsky, un polaco muy simpático y grande amigo mío:

Es preciso que nos digas si te diviertes en ese pueblo, en el centro de España; no sé si está en la tierra del Cid Campeador o en la de Don Quijote; si en Burgos o en La Mancha; dondequiera que sea, tal vez pases el tiempo mejor que nosotros.

Paso la temporada estival en Fontainebleau, pero casi a diario tengo que ir a París: todo porque nuestra gentil amiguita Loulou Leblanc se ha dislocado un pie. Hace una semana, al descender del auto, delante de la casa de Redfern, el modisto, resbaló en la acera, húmeda de la reciente lluvia. Y aquí nos tienes: ella, tendida en una *chaise longue*, envuelta en pintoresco kimono; y yo, pasándome las tardes leyéndole a Boccaccio o a Rabelais.

Agustín sonrió; luego me dijo:

—Si fuera bonita...

Yo exclamé, con entusiasmo:

—¡Oh!, es preciosa; aquí tengo su retrato; te lo enseñaré.

Revolví entre los objetos esparcidos sobre mi cama y encontré, por fin, la fotografía.

Agustín la contempló detenidamente: unos ojos grandes, una boca sugestiva...

Creí, por un instante, que el encanto de la vida parisiense, vislumbrado desde lejos, triunfaría de su carácter débil; pero las doctrinas maternas, la obra de tanto tiempo triunfó de un instante de tentación, si la hubo.

—Sí, es bonita —dijo.

Y tiró la fotografía de nuevo sobre la antigua y monumental cama de nuestros antepasados.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Se encogió de hombros y siguió silbando aquella antigua canción de antes.

No quería creer que fuese imposible tratar de disuadir a mi primo de su decisión.

Pero al fin me convencí de que aquella obra de fascinación de su madre y del viejo sacerdote resultaba firmísima, incontrarrestable.

Si era tan débil, pensé, debía ser fácil convencerlo y hacerlo ceder a mi presión, como había cedido a la de su madre; pero pronto vi que por su misma debilidad le atraía la Iglesia, con todas sus creencias y preceptos. Su temperamento timorato necesitaba no sólo esperar y creer, como cristiano, en todo aquello: en un Dios de misericordia infinita, en un Dios, sostén de los débiles, sino que llegó a creer preciso también un mayor

refugio en la profesión eclesiástica, y me convencí de que era más difícil triunfar de un ser débil que de uno fuerte.

Y era tan indiferente en todo y con todo que desistí de seguirlo tentando con la vida de París.

Leí mis cartas y, en silencio, volví a echar mis objetos parisienses en el baúl.

Agustín había abierto la ventana y contemplaba el jardín.

—Mira, Javier —me dijo—, ya están arreglando el jardín; como no te gustaba abandonado...

—Has hecho divinamente —le dije—; ya verás qué diferencia.

—¡Quién sabe!

El cielo estaba azul, terso, sin nubes, y el follaje de las acacias y los olmos se agitaba rumoroso; había pájaros que cantaban; las campanillas de mi ventana, abiertas a la aurora, todavía lo estaban; el aire de la mañana, fresco y puro, llegaba a nosotros, aquel aire que yo añoraba en las casas de París. Me asomé a la ventana y aspiré el aroma suave de aquellas florecillas temblorosas, azules, rosáceas y blancas.

Un hombre y un muchacho trabajaban en el jardín; llegaba a nosotros el ruido apagado del almocafre que removía la tierra seca, y se veían los trozos ya removidos, más oscuros; una tierra parda, húmeda, que espe-

raba las simientes que allí estaban dispuestas a germinar en su seno.

El muchacho arrancaba la mala hierba que crecía en los olvidados macizos y la que había invadido las veredas del jardín, y la echaba en una carretilla. En la umbría de los caminos solitarios, se veían leves revuelos de mariposas sobre las malvas reales, que lucían erguidos vástagos, ornados pomposamente con sus flores de vivo color.

Después, el muchacho empujaba la carretilla para vaciarla al fondo del jardín, y cantaba al mismo tiempo aquella canción melancólica y monótona que antes silbaba Agustín, la antigua canción que yo no oía desde que era niño. Sentíamos el ruido breve de la podadera tronchando las ramas inútiles por donde se perdía la savia vivificadora, y los vástagos bajos que hurtaban la vida de los rosales también caían tronchados sobre el césped inculto, desenredándose del follaje de los arbustos con rumorosa queja.

Aquella escena me hizo creer que asistía a una resurrección: comparaba ahora aquel jardín, donde todo hablaba de la vida, con aquel triste jardín abandonado que yo encontré sumido en un silencio de muerte y soledad, en el que dormían las aguas del estanque donde los peces rojos permanecían inmóviles, mientras las araucarias y los bojés, aquellas plantas seculares, eran los únicos que supervivían en el olvido.

—Agustín —dije a mi primo—, he ahí cómo yo tenía razón al rogarte que volvieras a cuidar del viejo jardín. ¿Ves ahora cómo está lleno de alegría? Mas dime: ¿Por qué has dejado apoderarse de tu espíritu ese desencanto? ¿Por qué no has luchado? ¿Por qué ese miedo a la vida que tú sientes, viniendo a ser ese miedo, impreciso e inconsciente, propio de los espíritus débiles, tu dueño y señor? ¿No presientes las desventuras que de él pueden derivarse? Me entristece tu debilidad; si yo no supiera que tu virtud es tanta como esa debilidad tuya, temería por tu vida futura en el sacerdocio. Pero creo que pocas almas se salvarán tan puras como la tuya, ¡qué digo!; es célebre; creo que me estoy contagiando de ti; ¡yo hablar del alma!...

Me interrumpió, un poco pálido:

—¡Calla, Javier! Sabes que me es doloroso el oírte hablar así de lo que es la vida de mi espíritu. Sabes también lo que mis creencias constituyen para mí, estas creencias confortadoras sin las cuales no sé qué sería de mí; pues yo, como tú, creo que soy muy débil, muy cobarde; es invencible este miedo mío a la lucha de la vida.

Entonces yo hablé con fuego evangelizador:

—¿Y con ese miedo, con esa cobardía tuya, te dedicas a la vida eclesiástica? Siempre pensé yo, y eso que vosotros me conceptuáis impío, siempre pensé que para esa vida era para la que se necesitaba mayor energía es-

piritual; pues es deber del buen sacerdote la lucha continua, la perpetua obra de predicación, esa constante siembra de la buena simiente, como vosotros decís, y que yo en mi escepticismo también creo buena, pues buena es toda obra de paz y de amor, de resignación y esperanza; y dime: ¿está ya tu mano llena, como la del sembrador, de esa buena semilla? ¿Tienes la energía suficiente para marchar, sin vacilaciones, sobre los campos, esparciéndola? ¿No temes que las veredas por que has de avanzar tengan espinas como aquéllas que en el mundo dices que se clavaron en tu corazón? Y si no tienes ese valor; si vas a vivir en ese replegamiento en que te veo; si vas a callar, como has callado ante tu madre; si vas a bajar los ojos, como los has bajado ante Ina; si no vas a luchar con los que se te pongan frente a frente, y vas sólo a murmurar un ruego de piedad, como has hecho conmigo cuando me he interpuesto en tus creencias y he querido desviarte de tus inclinaciones, ¿cuál va a ser tu apostolado? ¿Cuál el sacrificio de tu vida? El más inútil de todos los sacrificios, el más absurdo.

Tenía Agustín los brazos cruzados y la cabeza inclinada; la levantó y me dijo:

—¿Qué sabes tú de mi energía? ¿Qué sabes de mi sacrificio? Soy débil, soy cobarde; pero tengo una fe de que tú careces. Yo espero que mi fe me dará fuerzas para la lucha.

—Estás a tiempo; lo ocurrido con el jardín abandonado ha venido a demostrarte que mi deseo de verlo revivir no era vano. Créeme, Agustín, ahora como entonces, y no emprendas esa vida de soledad y aislamiento; ven a nuestro mundo y recobrarás alegría, amor a la vida.

Se acercó a mí, me echó un brazo por el hombro y, sonriendo tristemente, me dijo:

—¿Por qué me crees tan débil? Javier, eres mi ángel malo. Pero como veo que tu intención es buena, te perdono, en gracia de ello, aunque no he de sucumbir a tus máximas y tentaciones.

No le respondí ya nada, y los dos, en silencio, seguimos contemplando la alegría del jardín redivivo, y vimos al muchacho que, encorvando el torso robusto, arrancaba la hierba que crecía cubriendo las veredas, por tanto tiempo olvidadas. Y así fue como mi primo Agustín tomó aquella determinación, que señalaba un nuevo rumbo a su existencia, aquella existencia por la que avanzaba, temeroso, con el miedo de vivir.

En septiembre, cuando vendimiaron en nuestras posesiones, Agustín empezó la carrera eclesiástica en el seminario de aquel viejo pueblo castellano, que dejé yo aquel mismo mes, regresando a las grandes ciudades. Y durante varios años volví a pasar la época de la siega en casa de mi tía, cuando el jardín, ya cuidado desde el primer verano en que yo estuve, se cubría de flores.

VII

Pasados aquellos años de estudio, de recogimiento, de contemplación, aproximábase el día en que Agustín había de cantar su primera misa; día ansiado, acaso temido, que colmaba anhelos de su corazón, que hacía vibrar todo su ser en suaves arrobamientos místicos. Era en mayo y el jardín había florecido en un maravilloso despertar de primavera, inundado en luz y en alegría. También la vieja casa despertó de su quietud, y el silencio en que por tantos años se adormeció fue interrumpido por aquellas alegres algaradas, aquel inusitado movimiento que precedió al gran día de Agustín. Habíanse reunido en aquella nuestra vieja casa todos los parientes, todos los que ostentaban nuestros esclarecidos apellidos, acaso no honrando el linaje en el grado que él lo merecía, por la hidalga tierra de Castilla. Así vinieron los que vivían en Tordesillas, un viejo matrimonio orgulloso de su prosapia, muy religioso, muy altivo, muy arraigado a las tradiciones de la patria vieja; así los de Talavera de la Reina, una larga familia de indefinida tonalidad en gustos, aficiones y cualidades, cuyo jefe, mi

muy respetado tío, fue alcalde en tiempos de don Amadeo I; otro tío mío que venía de Toledo, ultramontano, aficionado a la numismática y la filatelia, y que tenía sus ribetes de meteorólogo; una prima que vivía en Madrid, con sus dos hijas, jóvenes, guapas, risueñas, *flirteadoras*, en las cuales se encontraban rasgos de las damas de su estirpe, algo fino, noble, de ilustre castellanía, que hermanaba bien con su aire despreocupado de los tiempos modernos, con sus risas, con su frivolidad.

Así, figuraos que la casona, sola y silenciosa la vispeira, pareció sorprendida por la extraña invasión de todas estas gentes, que hacía tantos años habían ido alejándose del antiguo solar, donde estaba el entronque de la familia. Hubo en los largos pasillos risas y charlas, voces, pasos, ruido, y, en fin, una algazara desconocida. Vi desenfundar las antiguas sillerías de los grandes salones, tapizadas de damasco; y las hermosas arañas de cristal, que también fueron descubiertas de nuevo, quebraron la luz en sus prismas, dando vistosos reflejos irisados.

Los inmensos armarios en que, desde épocas remotas, se guardaban las antiguas vajillas de plata, vieron interrumpido su reposo; y aquéllos que contenían la ropa blanca, al abrirse, esparcieron por las estancias un fuerte aroma de espliego.

Todos los balcones y ventanas estaban abiertos, entrando por ellos el esplendor del sol de primavera, hasta

los más recónditos rincones de las vastas estancias, por tanto tiempo sumidas en sombrío silencio y penumbras de tristeza.

Y se oía en el fondo del jardín sacudir las alfombras, y en las paredes se extendían de nuevo los antiguos tapices, entre los viejos lienzos ennegrecidos, de asuntos piadosos, donde apenas se vislumbraban santos y ángeles; lienzos tostados por los años, resquebrajados, con molduras que antaño fueron doradas, pero que ahora resultaban de un bronceado oscuro.

Y entre el ir y venir de la servidumbre, veía y oía a mi tía, que con nerviosa actividad daba órdenes, irguiendo el viejo torso, que se replegaba abrumado en su debilidad por el peso de la vida.

Y Agustín rehuía aquel bullicio, encerrado en su alcoba. Yo comprendía que él deseaba estar solo, pero algunas veces iba a verlo allí.

Era jueves; el sábado cantarían misa. Aquella tarde fui a su encuentro.

Al abrir yo la puerta, paseaba por su habitación, con paso lento. La vestidura talar hacía todavía más erguida su figura, más delgada, afinando y empalideciendo sus facciones.

Subyugó mis ojos la austeridad de aquella habitación; las paredes, blanqueadas con cal, de un blanco crudo y deslumbrante, donde sólo se veía destacar, con

silueta de negror recortado, una cruz de ébano con un cristo de marfil, que amarilleaba a los años, y un pequeño estante donde se apretaban viejos y usados libros.

—¡Hola, Javier! —dijo al entrar yo—. En ti pensaba, mi querido escéptico; tengo que pedirte un favor.

Se había puesto un poco pálido, y un instante permaneció silencioso.

En aquel momento vi los nombres de los autores de aquellos libros viejos y usados: san Agustín, san Isidoro Hispalense, santo Tomás de Aquino, san Juan Crisóstomo, Tertuliano...

—Comprendo que con éstos yo no haya podido convencerte —le dije—; son adversarios temibles; ruega a tu patrono, el fogoso y eminente san Agustín, que me convierta.

Se echó a reír; acaso lo creía imposible.

—¡Qué cosas tienes, Javier! —dijo, más cariñoso que severo.

Se sentó ante mí, y pasó una de sus manos, que se habían hecho más escuálidas, más diáfanas, con movimiento acariciante, por sus cabellos rubios, en los que se hundían los dedos afilados.

—Ya sabes —me dijo— que el padre de Paulina Olmedilla murió en la primavera pasada; no ignoras la situación en que ella y sus hermanos quedaron: ¡la pensión es tan mísera!

Lo escuchaba con atención, y él, al ver tan fija mi mirada en la suya, enrojeció un poco, pero no humilló la cabeza.

—¿No crees que tú y yo debíamos hacer algo por ellos, sin ofender la delicadeza de Paulina?

—Es indudable.

—Pues yo logré saber cuál era su deseo, y escribí al obispo de Madrid-Alcalá, pidiéndole una recomendación para una plaza de profesora de piano en un colegio de religiosas de Madrid.

—¿Y ella se va a ir así, con todos esos niños?

—¡Oh!, ella es valerosa —dijo Agustín.

Y volvió a pasear por la habitación. Yo veía su figura engrandecida por el hábito sacerdotal. Pero veía, como siempre, su pobre espíritu vacilante, combatido por dudas y temores.

El sol entraba por la ventana, invadiendo la estancia con su alegre esplendor, que hacía lucir blanquísima la cal que cubría las paredes.

Yo admiraba su silueta, destacando sobre la luminosidad del sol, envuelta en los brillantados átomos de polvo que nimbaban su rubia cabeza, aquella cabeza triste y resignada.

Sobre el fondo de oro se dibujaba su silueta, haciéndome evocar un fresco bizantino o una vidriera de antigua basílica, en la que descollara una de aquellas

figuras que al morir el paganismo se irguieron sobre las cenizas de sus aras apagadas; parecíame verle exaltado por el fuego de aquellos primeros sucesores de los apóstoles, que se reunían en los concilios a combatir las nacientes herejías.

Pero, en vez de tener como ellos un espíritu de indomable fortaleza, tenía un ánimo apocado, un espíritu que jamás lucharía ni aun en defensa de sus propias convicciones, y que se dejaba impeler por las corrientes que le rodeaban.

Y volvió a hablarme:

—El obispo ha conseguido lo que deseaba; mira, ahí está su carta; ella tendrá un sueldo regular; además, las niñas recibirán su educación en ese mismo colegio, y los varones ya tienen plaza en el de El Escorial.

Me parecía aquello bien; Ina Olmedilla casi había resuelto el problema, por el momento.

—Mira, Javier, ahora te ruego que vayas tú a verla, y le lleves esa carta. Si pudieras ocultarle que he sido yo, te lo agradecería infinito; puede haber sido cosa tuya...

Guardé en mi cartera aquella carta, y hablamos de los preparativos que se hacían en el caserón para celebrar el acontecimiento.

En esto se abrió la puerta y asomó una criada que venía a llamarnos de parte de mi tía.

Salimos los dos; íbamos en silencio por el corredor, aquel corredor largo, claustral, y oíamos en la alcoba de mi tía rumor de voces.

En torno a la mesa de la alcoba, y rodeando a mi tía, estaban todos los parientes en la contemplación de algo que ella les enseñaba, y oí su voz pausada, apacible y monótona.

Nos acercamos; nuestras risueñas primas de Madrid nos hicieron sitio con su alegría juvenil, que tanto contrastaba con aquella casa triste.

—¡Todo precioso, todo precioso! —repetían.

Mi tía sostenía en sus manos, transparentes y finas, una casulla de raso blanco, bordada de oro, y al enseñársela a los demás, su rostro aparecía enternecido.

Vi a Agustín ponerse pálido, con emoción intensa, y apoyado en mi hombro la contempló, en éxtasis, en un instante de místico arrobamiento.

Entre el rebrillar del oro se destacaba un cordeiro blanco, de rizada piel algodonosa, con una cruz y un cáliz con una hostia, todo ello hábilmente bordado, formando el símbolo de la pureza, el amor divino y la mansedumbre.

Contemplé aquel símbolo, cuya sedosa suavidad palpaban cariciosas las manos finas de mi tía.

—¡Divina labor! —repetió ella, satisfecha del buen cumplimiento de su encargo.

Y los parientes se agrupaban en la contemplación de aquellos objetos sagrados, entre curiosos y admirados.

Después de mirar las vestiduras, Agustín trajo un estuche de cuero de Rusia, que abrió ante nosotros. Su emoción y su palidez eran más intensas.

Y sus manos levantaron un cáliz de oro cincelado, que contempló con unción; y todos lo vimos en sus manos pálidas, destacando destellante sobre sus vestiduras negras, el cáliz que muy luego elevaría en la primera misa, aquel cáliz simbólico, que todos contemplamos en silencio, pareciéndonos que ya Agustín se iba alejando de nosotros, y que nos separaba de él la santidad esplendorosa de aquellos objetos místicos.

Después, las alegres primas de Madrid nos enseñaron, con jubilosa travesura incongruente, que me pareció de monaguillos, las vinajeras de cristal y de plata; nosotros las celebramos y ellas rieron.

Entonces advertí que, en un rincón, Teresa, la nodriza de Agustín, lloraba con aflicción irresistible.

Y mi tía, conteniendo el llanto, pálida, repetía una vez más, como queriendo tranquilizarse a sí misma, su sempiterna afirmación:

—No hay que llorar; no ofendamos a Dios. Él nos lo dio, a Él se lo he consagrado, y es completamente feliz.

Y vi a Agustín, que todavía sostenía en sus manos el cáliz de oro, el que él decía que confortaba a los débiles.

Y el cáliz, al darle un rayo de sol que entraba por la ventana abierta sobre el jardín, lleno de aromas y alegría, rebrillaba destellante.

VIII

Recuerdo siempre aquella mañana en la que fui a visitar a Ina Olmedilla, cumpliendo el encargo de Agustín. Habían pasado muchos años desde nuestro encuentro, una tarde, cerca de la hora solemne del ocaso, en la carretera que cruzaba la llanura grandiosa de los campos castellanos.

Yo rechazo siempre las emociones, las rehúyo por egoísmo; mas la que invadió mi alma aquel día, al volver de nuevo a ver su rostro de facciones afinadas y empaldecidas, sus ojos, que, como antes, parecían contemplar algo que estuviera muy lejos, fue inevitable para mí.

Como siempre, entonces estaba rodeada de sus hermanos, que fijaban en mí sus miradas con triste asombro. Habían crecido; ya la mayor de las niñas llevaba traje largo. El mayor de los varones era un adolescente paliducho y escuálido.

En la penumbra de la modesta salita contemplé el grupo de aquellos seres silenciosos y resignados en los grandes dolores, tanto más grandes si vienen a entenebreecer la vida cuando apenas se la ha vislumbrado.

Cumplí en el acto el encargo de Agustín, pues me sentía violento, sin darme bien cuenta de la causa.

Entonces Ina me dio las gracias, sin lágrimas ni lamentos, bien al contrario de lo que yo, temeroso de la debilidad femenina, esperaba. La miré asombrado. Allí estaba aquella Ina fuerte y valerosa, apoyada en el piano, que por el luto de su dueña había enmudecido. Me habló de sus proyectos, con su voz clara y cadenciosa, como si me hablara de ilusiones risueñas; y, sin embargo, ¡qué tristeza honda, llena de desesperanzas, veía yo en todo aquello! Pero sus labios sólo hablaban con palabras de fe en el porvenir, palabras de consuelo. Ella formaba el alma de sus hermanos, creábalas fuertes y serenas; hacíales ver la vida de frente, sin dudas ni temores.

Y era tan tierna, tan dulce a la vez que, a pesar suyo, sus palabras resultaban cariciosas, y a veces las impregnaba inconscientemente de aquella melancolía que ella, recatadamente, guardaba en el fondo de su alma.

—¿Se acuerda usted, Javier, de que yo se lo dije una vez? No tengo miedo al emprender esto, lanzándome con mis hermanos en medio de una ciudad, en una lucha de éxito incierto. Ya ve usted, mi responsabilidad es inmensa y, sin embargo, no, yo no tengo miedo.

Y vi sus manos jugar, con inquieta nerviosidad, con la carta que le había llevado de parte de Agustín.

—Quiero que los varones hagan sus carreras como las hubieran hecho si mi padre viviera; sé que esto es muy difícil, que es casi un sueño, y que alguien lo considerará una locura; pero Dios me ayudará. No es falta de humildad, Javier; pero yo tengo la fe que deben tener los cristianos fuertes.

Parecíame, en efecto, aquella joven un poco atrevida, un tanto fantaseadora; casi no acertaba a comprender aquel valor, sobre todo, teniendo en cuenta su temperamento delicado y el natural apocamiento moral de su sexo.

Y contemplaba el grupo de aquellos siete hermanos, a los que ella sacrificó su juventud, por los que tanto le disputaron la dicha que le brindaba Agustín. Y ellos la amaban; pero inconscientes y ajenos a la idea de lo que aquella delicada criatura había sido para ellos, y de que ellos hubieran sido el obstáculo para su felicidad, no la amaban todavía con todo el amor a que ella era acreedora.

Ina miraba vagarosamente por el balcón los tejados de las casas fronterizas, muy próximos por ser muy estrecha la callejuela vetusta; por encima de ellos, destacando netamente sobre el cielo azul y límpido, se erguía rígido un ciprés solitario, entre cuya ramazón compacta los gorriones armaban grande algarabía; y he aquí cómo aquel ciprés triste venía a

ser la única nota alegre del cuadro que abarcábamos desde el balcón.

¿Qué pensaba Ina, qué ideas bullían en su mente, bajo los cabellos rubios, muy sedosos y muy pálidos, que ornaban su frente?

Al fin volvió a hablarme:

—Me han dicho que el sábado cantará su primera misa. Dios lo haga feliz; él sí que ha sido débil y pusilánime.

Y ella hablaba de Agustín sin nombrarlo, como si su nombre le hiciera daño.

Me despedí de ella y sus hermanos, estrechando las manos frías de aquella mujercita fuerte y valerosa.

IX

MI dos primas, aquéllas que de Madrid habían ido al pueblo, llevando a la casa triste y vetusta una ráfaga de alegría y juventud, fueron delegadas conmigo por doña Damiana para ir al Encinar a dirigir los preparativos del banquete con que nuestra tía quería celebrar, en la finca ancestral, aquélla de los gratos recuerdos, el fausto suceso de la primera misa de Agustín.

Los tres nos encaminamos allá, la víspera del día memorable. Era después del mediodía. Caminaba yo entre las dos muchachas, que me defendían del sol ardoroso con sus blancas sombrillas, por aquel camino que años antes había recorrido al lado de la dulce y fuerte Ina. Como antaño, veía la lejana sierra azulada en sus suaves esfumaciones, limitando la llanada serena. Los álamos temblaban en la margen del río, aquel río humilde y silente, que cruzaba los campos castellanos, y bajo el sol cruzaban pensativos los bueyes mansos.

Las muchachas reían contentas; tenían una alegría bulliciosa, una charla regocijada; no sé si os he dicho

que eran dos lindas madrileñas de ojos expresivos y luminosos, como los de las mujeres de Goya.

Pura y Josefina habían tomado para sí toda la parte más agradable de aquella memorable reunión de familia con un egoísmo encantador, pareciéndome como si sus alegres espíritus, refractarios a toda tristeza, inconscientemente rechazaran la melancolía que invadía los ánimos de los demás. Sin embargo, aquella alegría frívola me producía una vaga sensación de disgusto indefinible al chocar con la pena que se había enseñoreado de mí; y a través de su charlar incesante permanecía yo mudo y casi hosco.

Solícitas, mis primas dirigieron, bajo las encinas añosas de la antigua posesión, el arreglo y disposición de las mesas para el banquete campestre. Yo, galante, las ayudaba en sus atareos y, a veces, fui consultado para la solución de graves problemas de ornamentación. Se acordó que la mesa en que se sentara Agustín fuera adornada con flores exclusivamente blancas. Hablamos de simbolismos, y mis primas agruparon artísticamente sobre el blanco mantel las rosas con las azucenas y los nardos, cuidando que todas esas flores destacasen sobre el follaje verde su albura deslumbrante. Embovedaban el campesino comedor las encinas umbrosas; fresco aire acariciante rizaba las mieses que yo veía en la vecina llanada a través de los árboles, y llegaba, lleno de perfu-

mes agrestes, a agitar en las mesas, haciéndolas temblar, las flores de perfumes cultivados de jardines, en los que habíamos hecho verdadera *ruzzia* antes de salir del pueblo. Opiné que era prematuro adornar, con aquel adorno efímero, las mesas desde la víspera, alegando que al siguiente día las flores, entonces lozanas, estarían mustias; pero Josefina, risueña, me hizo observar que al día siguiente el tiempo escasearía para tales preparativos, y que, además, debíamos contar con la protección piadosa de las encinas, eclipsando el sol agostador, y con el bienhechor rocío matinal, que vendría a refrescarlas.

Yo daba órdenes a las criadas cumpliendo los encargos que me hizo mi tía; ellas, atareadas, dirigidas por Teresa, la antigua nodriza de Agustín, preparaban en la amplia cocina los platos que componían el *menu* para el banquete. Las miraba ir y venir agitadas, y, risueño, contemplé a dos chiquillas que, en tanto que desplumaban unos patos, reían y charlaban con carillas maliciosas por encima de las ligeras y suaves nubes de blanco plumón.

Todo era intensa y bulliciosa alegría en aquellos preparativos, llenos de vida, de movimiento, y a los que daban más color la tarde espléndida, la algazara de los pájaros en las frondas hojosas, las voces y las risas de las muchachas, en tanto que yo pensaba que después de oponerme a que Agustín hiciera aquella, para mí do-

lorosa, renuncia de la vida, coadyuvaba al mayor lucimiento de la fiesta en celebración del suceso, que en el fondo de mi alma tenía dejos de intensísima amargura.

Y las dos muchachas, mis primas, iban y venían con los movimientos ligeros de sus cuerpos ondulantes, con las manos llenas de flores, los rostros enrojecidos y los cabellos con el encantador desorden que en ellos ponía el aire vivo de aquella inolvidable tarde.

La mesa blanca, como ellas la denominaron, estaba casi dispuesta, y el sol, que pasaba a través de la espesa fronda de las encinas, doraba y hacía destellar, poniéndoles puntos luminosos, la cristalería y la plata.

Pero yo me fijaba en Josefina, en la que todo, movimientos, gestos, acciones y dichos, llenos de gentileza, era fruto de una innata coquetería; y así, no faltó una espina de rosa que se clavara en una de sus manos, pequeña y gordezuela, para que yo, con exquisita galantería, se la quitase; y luego se subió en una escalera apoyada en el tronco de una acacia, para alcanzar los perfumados racimos de sus flores, sin duda para que, al ayudarla yo a bajar, apreciase lo estrecho de su cintura y lo ligero de su peso.

Y yo sonreía ante ese *flirt* inocente, porque en aquel instante, en aquella situación, sentíame invadido de una tristeza vaga, inconsciente, que me alejaba de aquella alegría que en otra ocasión no hubiera rehuído.

Y ella me dijo risueña, con ligero enrojecimiento en las mejillas, mientras me enseñaba sus manos, llenas de flores de acacia:

—Si tuviéramos unos jarrones colocaríamos estas flores en la mesa blanca, y ellas completarían su belleza.

Entonces yo me acordé de las flores de acacia que hacía ya varios años, la noche en que Agustín se decidió a seguir la carrera eclesiástica, vi en unos jarrones de Sajonia a los pies de la Dolorosa, que había escuchado en el antiguo oratorio las oraciones de tantos antecesores nuestros y las del último, en que se extinguía la noble familia.

Y llamé a un muchacho de los que nos ayudaban en el arreglo de las mesas, diciéndole:

—Oye, tú, Perico, corre al pueblo, ve a casa y dile a doña Damiana que mande los jarrones que están en el oratorio a los pies de la Dolorosa. ¿Sabrás hacerlo así? Pues vete a escape, y cuidado con romperlos.

El chico desapareció en cuatro saltos.

Permanecí en silencio; habían venido de pronto a mi alma los lejanos recuerdos de la infancia; recordé los días en que Agustín y yo, muchachos, jugábamos en El Encinar, cuando aún no conocíamos la dolorosa verdad de la vida y cuando todavía, no temiendo desencantos en el porvenir, nos entregábamos a ensoñaciones quiméricas que nacían al calor de los relatos de la abuela,

ya muerta. Ahora nos diferenciábamos mi primo y yo. Él, a mi juicio, conservaba su espíritu lleno de quimeras y ensueños, mientras yo me conceptuaba desencantado y despojado de toda ilusión. Y, acaso, acaso yo envidiaba a Agustín, y muy íntimamente lloraba la muerte de mi alma, de las ilusiones que habían nacido al cuidado de nuestra abuela y que en el alma de él florecían con las maravillosas flores de la piedad.

Cuando ya caía la tarde y se veían los troncos de los árboles dibujarse sobre la intensa rojez de los cielos al ponerse el sol, nos dispusimos a marchar, deteniéndonos a la salida de la glorieta, donde quedaban instaladas las mesas, para contemplarlas, veladas por el crepúsculo, resaltando la blancura de los manteles y las notas de las flores sobre el césped. Aquellas mesas ya dispuestas para la celebración de la primera misa que cantaría Agustín, hecho que para mí equivalía a algo así como su exclusión de la vida, su transformación en un ser por todo extremo distinto de nosotros, tenían a mi vista algo de la triste y fría solemnidad de los sepulcros...

El silencio que sucedió a la algazara de la tarde acentuó la melancolía del crepúsculo, que envolvía todos aquellos parajes en sus tenues velos de brumas, impregnándolo todo de tristeza, de una tristeza vaga que alcanzó nuestras almas e hizo enmudecer a mis rientes y charladoras primas.

Y nos alejamos los tres para regresar al pueblo, dejando allí, bajo las encinas frondosas, las mesas llenas de flores.

En el pálido cielo del ocaso, muy alto, muy brillante, diamantino, vibraba ya un lucero.

Desde los ya remotos días de mi infancia, no había vuelto yo a entrar en la antigua iglesia de mi pueblo natal, aquella iglesia que yo casi había olvidado.

Ahora me veía confundido entre los fieles fervorosos de la vieja ciudad castellana, que conservaban la fe pura tradicional, yo, que sentía mi alma despojada de las antiguas creencias y pervertida por el espíritu impío y escéptico de las modernas metrópolis. Sin darme yo cuenta de ello, me sentí invadido por una dulce ternura, que no atribuí a un súbito misticismo que naciera en mí, sino a lo que, en efecto, era una evocación de recuerdos, ya muy lejanos, de la niñez, que resurgían de nuevo a la vista del altar, abrumado de flores, como yo recordaba haberlo visto en los días del pasado, en el mes de mayo, cuando me llevaba mi abuela a la misa o a la oración; aquel altar ante el cual ahora veía a Agustín con su casulla resplandeciente de oro y sus manos pálidas, abiertas amorosamente a los seres que se humillaban ante él.

No os podría narrar nada de lo que vi; sólo recuerdo que la iglesia estaba llena de aromas de flores y de

incienso, y que vi a Agustín elevar la hostia inmaculada en un instante en que el órgano modulaba quedamente en un largo clásicas armonías; en un instante en que, de pronto, vuelto a la infancia, creía oír en las alturas de las bóvedas aleteos de alas luminosas... Vi a mi tía con el rostro entre las manos, apoyadas en el reclinatorio, estremecerse sollozante. Luego, cuando todo se consumó, la vi abrazada a su hijo, y me pareció más encorvada, con los cabellos más plateados y las manos más finas, más blancas...

Salimos todos de la iglesia; rodeaban a Agustín, a más de su madre y el capellán don José, las mujerucas cariñosas y creyentes, y los niños, que besaban sus manos. Lo abrazaban largamente los parientes; yo también lo abracé, y creo que estaba más conmovido que él mismo.

Josefina se acercó a mí. Vi su mirada soslayada; por debajo de la blonda de su mantilla negra, sus ojos también negros, brillantes, que tenían la vida y la expresión de unos ojos de cabeza goyesca.

—¿Cree usted, primo, que Agustín es muy feliz?

Josefina me hacía esta pregunta con una suave entonación infantil; como si ella quisiera saber qué cosa era la felicidad, cómo se le debiera definir y dónde se encontraba.

—¡Qué sé yo! —murmuré con mal humor—, ¿acaso es dable saber dónde está la felicidad en la vida?

—¡Oh! —dijo quedamente—; yo no creo que esté en esa renunciación absoluta de todo en el mundo.

—Después de todo, la dicha no es más que un espejismo, y todas estas cosas, a mi juicio, no son más que espejismos también.

—Da pena —insistió Josefina, de súbito entristecida—; da pena ver un joven como Agustín renunciar así a todo, siendo la vida, realmente, tan amable.

Yo casi me reí oyendo razonar gravemente sobre la vida a aquella chiquilla, que apenas la había vislumbrado.

La gente se había ido agrupando en tanto a la puerta de la iglesia; algunas mujeres de las que habían conocido a Agustín de niño lloraban al recordar los días lejanos en que él, alegre, recorría las calles del viejo pueblo. Unos niños le gritaron:

—¡Bendíganos, padre Agustín!

Y al oír yo aquello me estremecí, como si fuera algo en que jamás hubiera pensado. Era cierto; ya era el padre Agustín, y lamenté en silencio más que nunca el triunfo de su debilidad y de la sugestión de los fanáticos.

La plaza del pueblo estaba llena de sol, ese sol radioso de Castilla, cuya luz de oro parece vibrar en la inmensidad del cielo, profundamente azul.

En la altura se oían las campanas: unas graves, lentas; otras jubilosas, argentinas.

XI

Fuimos de la iglesia al caserón antiguo, y mientras las mujeres dejaban las mantillas y cambiaban sus trajes de la ceremonia por otros más adecuados para el campo, los hombres nos consagramos a charlar y fumar en el salón de las grandes arañas de cristal irisado, de los viejos tapices y de los antiguos cuadros ennegrecidos por el tiempo.

Preferíanse para las conversaciones los temas religiosos, acaso por un acuerdo tácito o por no prevalecer otras ideas en las imaginaciones rudamente impresionadas por la escena y el acto recientes.

Tres sacerdotes invitados por Agustín manejaban con destreza cierta ardua cuestión canónica.

El tío de Toledo, un señor grueso, de rostro enrojecido, coronado por grises cabellos, ceñido con la correcta levita de ahogador abrochamiento, hablaba con Agustín de la vida de san Francisco y de la villa de Asís, que él había visitado en su viaje a Italia.

El pariente de Talavera de la Reina y el de Tordesillas discutían con ardor y vehemencia, dignos de doc-

tores en concilio, sobre cuestiones también religiosas, acerca de las cuales el señor de Tordesillas se mostraba algo incrédulo.

Y a mí, por mi mala suerte, me atrapó el capellán don José cuando más distraído estaba sentado en un antiguo sofá dorado y forrado de damasco, que debía ser de la época del galante Luis XV; y empezó con unción y calor evangélicos a hablarme de Agustín, poniéndome por ejemplo que yo debiera seguir, “despojándome de la venda de impiedad que aquel maldito París, Babilonia moderna, había puesto en mis ojos. Él rogaba por mí, me amaba como a un hijo y lloraba la irremediable pérdida de mi alma, que yo había entregado al espíritu del mal”.

Yo, siempre burlón y escéptico, sonreía levemente y le mostraba el rostro compungido, escuchándolo pacientemente, en tanto que para mí pensaba quién me había puesto aquella venda, quién era el espíritu del mal que se había apoderado de mi alma. ¿Acaso Loulou Leblanc, Marguerite Duquesne o cualquiera de aquellas deliciosas parisinas? En aquel momento hubiera dado un salto a París, a verlas a todas; mas era imposible; era preciso seguir escuchando la predicación del anciano sacerdote del pueblo castellano, donde, sin yo darme cuenta, estaba la profunda raigambre de mis sentimientos, aunque yo creyera que nada me ligaba a él; que de

mi espíritu, formado en la vida moderna, habían sido barridos como la hojarasca a un golpe de viento todos los que yo llamaba prejuicios de estirpe y de tradición. Debía fijarme en mi primo, decía don José, aquél que desde niño, por singular privilegio, según él, consagró a Dios su corazón, aquel corazón abrasado por divino amor.

Yo daba furiosas chupadas a mi cigarro y veía a Agustín ante el balcón abierto sobre el jardín luminoso y caldeado por un sol primaveral, y del que se desprendía el aroma pertinaz y penetrante de las madre selvas, oír pacientemente la charla fatigosa del tío de Toledo.

Y murmuré, convencido al contemplar la manse dumbre resignada de mi primo:

—Es un santo; decididamente es un santo.

Y yo, como no podía serlo, dejé cortésmente a don José y fui a ofrecer a nuestros invitados, que en tales momentos no pensaban más que en cuestiones teológicas o religiosas, y que por todas partes veían nimbos de santos y alas de ángeles, una copa de *vermouth* y un cigarro. En esto empezaron a entrar las mujeres, ya ataviadas para el día de campo, y creo que los nimbos y las alas fueron a esfumarse en lo infinito del cielo azul por el balcón abierto.

Fueron entrando muchas respetables señoras, de las que ninguna fue causa de que se olvidasen los nimbos y

las alas; más bien lo fueron aquellas jóvenes que las seguían, hijas o sobrinas de las primeras, y entre las cuales se veía a mis sugestivas y risueñas primas madrileñas, realmente atractivas con sus trajes blancos y sus ramos de claveles.

Josefina, al entrar, miró a un lado y otro, y luego dijo riendo:

—¡Dios mío, todos de negro! Debían estos caballeros tener siquiera una flor en el ojal de la levita, para que los alegrara un poco.

Y durante unos momentos, uniendo la acción a la frase, vi sus manos blanquísimas sobre la rigidez y el negror de las solapas de los caballeros colocar diligentemente en los ojales las flores que Agustín, risueño, le iba entregando, después de elegir las entre las de un jarrón colocado sobre una antigua consola dorada, de exquisita talla.

Yo contemplaba la escena al lado del sacerdote. Aquella encantadora muchacha, con su mezcla extraña de gracia de florista *boulevardière* y de damita española, de nobleza castellana, presentaba en su persona un contraste sumamente original y simpático.

Ante el amplio zaguán de la casa se iban colocando los coches. Había los de diversas clases: landós, *breaks*, berlinas, victorias y, por último, un faetón; cuanto pudo encontrarse en el viejo pueblo en punto a vehículos.

Mi tía nos precedió, descendiendo por la ancha escalera, apoyada en el brazo de Agustín, y se acomodó en un landó con él y el anciano don José, quien todavía, al subir al carruaje, me dijo:

—Sí, hijo mío; aún estás a tiempo de salvar tu alma, libertándola de los lazos del espíritu malo; mira a tu primo: él ha sabido elegir el buen camino, y no lo han fascinado los brillos deslumbrantes del mundo.

Agustín me miró sonriendo, pidiendo a mi impiedad indulgencia para el anciano clérigo.

Pura, Josefina y yo nos apoderamos del faetón, empuñando yo las riendas. Cuando ya los coches estuvieron ocupados, nos pusimos en marcha, y las silenciosas y pacíficas calles del pueblo vieron por unos momentos interrumpida su tranquilidad por el estrépito de los carruajes sobre el empedrado primitivo. Y por la carretera, unos tras otros, siguieron los coches rebotando entre el polvo.

Las muchachas abrieron sus sombrillas; reían y charlaban con charla jubilosa y expansiva.

El sol llenaba la llanura castellana de esplendorosa luz y alegría, y veíamos en el horizonte, confundiéndose con el cielo, la lejana sierra de pálido azul. A un lado del camino extendíanse los campos cultivados, en los que se esperaban cosechas abundantes de trigo, que aún verdeaban; al otro lado tierras bermejas, donde se recolec-

tara la cebada, ahora preparadas para nuevas labores, y en cuyos surcos jugosos saltaban los pájaros buscadores de granos perdidos.

Rayaban el horizonte, sobre las montañas esfumadas, blancos *cirrus* que interrumpían la tersa y azul extensión del cielo. Hacia la mitad del camino, el sol se nubló; pasaban ante él densos nubarrones.

El tío de Toledo, que iba en un landó delante de nosotros, se puso de pie, sujetándose a la capota replegada y empezó a gritar algo que yo no podía oír por el ruido de los coches.

—¿Qué dice usted? —grité.

—Que me parece que luego va a llover.

—¡Sí, sí! —le volví a gritar, casi desesperado, al comprender que tenía razón.

—¡Dios mío, si se nos aguará la fiesta!... —dijo Josefina, casi con lágrimas en los ojos.

Y a lo largo de todos los coches, que corrían a través de la llanada, pasó fugaz una sombra de tristeza, porque todos pensaron lo mismo que el tío de Toledo.

Pero luego, con gran contentamiento de jóvenes y viejos, el sol lució de nuevo y volvió a dorar los verdes trigos y las tierras bermejas, cuando a la diestra del camino veíamos ya la faja blanca de los tapiales, ciñendo El Encinar, y más tarde, los carruajes, describiendo un amplio semicírculo, iban entrando uno tras otro por la

abierta verja. Entonces su rodar se hizo más silencioso, ahogados los ruidos por la hierba, y los cascabeles de las colleras de las mulas resonaban más distintamente, con retozona alegría.

Ante la casa descendimos todos, y los coches, vacíos, se alejaron bajo la sombra espesa de encinas.

Se esparcieron los invitados, en medio de la algarabía de las conversaciones, reanudadas, por toda la amplitud de la posesión. Los servidores de la finca fueron a dar su enhorabuena a Agustín, y yo lo vi, conmovido, saludarlos cariñoso.

Al ir a las mesas, mis primas tuvieron un éxito por su buen gusto en adornarlas. Las flores estaban frescas; habíanlas protegido, generosas, las encinas con sus ramas enfrondadas, y en sus pétalos brillaban gotas trémulas de rocío y zumbaban en sus corolas algunos insectos.

Al sentarse Agustín, con mi tía y don José, a la mesa blanca, me acerqué a él y le dije, enseñándole los jarrones de Sajonia con los racimos de flores de acacia que se abatían sobre el mantel:

—¿Te acuerdas de aquella noche?

—No sabía que me hubieras visto ni que supieras que yo había puesto aquellas flores. Gracias, Javier.

Me alegré extraordinariamente de que él me lo agradeciese, y fui a sentarme al lado de Josefina, que me hizo

sitio risueña, con su risa sempiterna, a veces fastidiosa, pero que entonces me pareció encantadora.

Todas las mesas se llenaron; reinaba una alegría que retozaba bajo las encinas, entre las que se filtraba el sol, dorando a trechos el césped. Contemplaba la mesa blanca; en el centro estaba Agustín con sus vestiduras negras, aquel Agustín ya consagrado al Dios que tanto amaba, aquel Agustín tan débil.

El sol daba sobre la mesa blanca; al atravesar la fronda movible brillaba inquieto, en un continuo apagar y encender de puntos luminosos sobre la cristalería y las flores; en las copas se veía vino rojo como sangre y rubio como oro, y todas aquellas mesas con sus flores, sus frutas y sus vinos; aquellas mesas del cristiano banquete me parecieron, no sé por qué, mesas de banquete pagano.

XII

Terminamos la comida, y el cielo se nubló tenazmente; alzose una brisa que agitaba los manteles y deshojaba las flores, ya mustias.

Los criados levantaban las mesas, dándose prisa, pues el tío de Toledo repetía que tendríamos agua. Por momentos el aire se hacía más violento, agitando con fuerza sobre nosotros las copas de las encinas que se movían con quejumbroso rumor; había un gran revuelo de pájaros en sus ramas; y allá, los campos en que verdeaban los trigos sufrían el azote del vendaval, que en los caminos formaba neblinas de polvo. Luego empezaron a caer gruesas gotas de agua, que jaspearon el suelo en sus sitios secos y humedecieron el césped.

Todos, a la desbandada, huimos; y entramos en el ancho y sonoro zaguán; y al penetrar en la casa, después del sol y la alegría de que gozamos fuera poco antes, me pareció más triste, más fría y más destartada. Furiosamente azotaba el agua los cristales de las ventanas, llenando de desconsuelo nuestros espíritus con sus latigazos restallantes.

Y todos nos agrupábamos en las salas grandes, resonantes, charlando en voz alta, para poder oírnos unos a otros, esperando impacientes que escampara.

—Una nube de verano; pasará pronto —dijo el tío de Toledo, que era muy entendido en achaques de meteorología práctica.

En efecto; fue una nube que descargó sus furoros sobre nosotros; pronto empezó a escampar, volviendo la paz a las almas angustiadas.

El agua caía más mansamente sobre los cristales que de nuevo espejearon la luz del sol, el cual volvió a curiosear por entre el ramaje de las encinas la glorieta abandonada.

—Miren ustedes —dijo Agustín abriendo una ventana—: ya pasa; allí se ve el cielo muy azul. El resto de la tarde será espléndido.

Entraban por aquella ventana la fresca humedad de la hierba y esos efluvios aromosos que emergen del campo remojado.

Me asomé y vi la fronda rumorosa del arbolado, las mesas despojadas de sus manteles y sus flores, y las sillas, caídas algunas sobre la hierba; y ahora las mesas vacías y mojadas relucían al sol, que iluminaba de nuevo el campo.

Y todos se regocijaron; y entre la conversación gárrula y frívola de amigos y parientes, yo permanecí en silencio cerca de la ventana, observando a Agustín.

Analizaba sus gestos y sus palabras, con la esperanza de descubrir en él los primeros síntomas de la reacción que esperaba yo hubiera de efectuarse en su alma como consecuencia de la emancipación de su criterio, tanto tiempo domeñado por otros criterios empequeñecidos en terrible apocamiento moral.

Entre el oleaje de mis ideas, me acosaba el recuerdo de la fuerte Ina, de aquella mujer de amplio espíritu indoblegable.

Vino a interrumpir el enlazamiento de aquellas ideas el rodar de los coches sobre la hierba al agruparse ante la casa con el resonar de los cascabeles, aquel resonar jubiloso y típico. Me volví, y los vi acercarse hasta debajo de las ventanas.

Todavía se oían caer algunas gotas de agua de las hojas de los árboles, y aún chorreaba el canalón del tejado de la vieja casa.

Me adelanté a todos para ordenar la partida; y, al salir al zaguán, vi un gato negro, que se había guarecido allí de la lluvia, huir de mí con saltos elásticos y fosforescencias en los ojos: ¿sería aquél el espíritu del mal que en mí tanto había influido, según el virtuoso don José?

Fuera ya, oí las voces de los invitados, que descendían por la antigua escalera, y estallar risas sonoras, que atribuí a mis primas.

El nuevo sacerdote se acercó a mí.

—Javier —me dijo—, ahora quisiera ir contigo; se lo he dicho a mi madre; ella irá con don José y doña Micaela; me fatiga la charla del buen viejo.

—¡Cuánto me alegro, Agustín! Ven, pues; nosotros vamos en esta victoria, y que otro guíe el faetón, aunque sea nuestra prima Josefina, que es muy lista y hábil para todo.

—¡Listísima! —dijo sonriente Agustín; y recogió debajo del brazo el manteo, para subir al coche.

—¡Dios mío! —exclamó el tío de Toledo al vernos reunidos—. Se aproximan los dos polos opuestos y va a saltar la chispa.

—No crea usted eso, tío —dijo mi simpático primo—; jamás hemos chocado, y ojalá pudiéramos, aunque fuera chocando, hacer la luz sobre algunas cosas que a ambos nos llenan de confusión.

De nuevo todos los coches, uno tras otro, se pusieron en marcha, y entonces, en todos ellos, reinó un gran silencio. Avanzamos bajo la arboleda, que aparecía renovada y refrescada por la pasada lluvia; y sobre el césped diríase que hubieran tirado un gran diamante que se hubiese roto en mil pedazos; tal era el efecto de las gotas de agua, brillando al sol.

Salimos a la carretera; entonces se oyó distintamente el rodar de los carruajes y el resonar de las heuraduras de las mulas y de los caballos.

Agustín y yo nos volvimos a contemplar El Encinar, y vimos, a su salida, a Ramón, a Teresa y sus hijos y a los otros criados, que nos veían alejarnos en silencio, con sus ojos fieles y amorosos.

—Ésos, Javier —me dijo Agustín—, son mejores que éstos —añadió señalando los coches que iban delante y detrás de nosotros—; sí, son mejores, porque son más sencillos. ¡Cómo me atraen los humildes!...

Seguimos avanzando; rodaban los carruajes unos tras otros, dejando lejos El Encinar, donde pasaron unas horas de alegría todos aquellos amigos y parientes, horas de las que habían gozado con avidez en torno de Agustín, de su madre y aun de mí, que me sustraje a aquellas expansiones por el estado de mi ánimo, como se sustrajeron Agustín y su madre, porque en medio de aquel bullicio habían reconcentrado sus espíritus en la contemplación del acto de aquella mañana, con todas las delicadezas de sus almas, que no alcanzaban a comprender los invitados.

Lejos, veía yo siempre aquella sierra tan lejana que se confundía con el cielo por la entonación violácea que tomaba en la tarde, esfumándose en su azul sin transición.

Y al otro lado aparecía la línea de chopos, que anunciaba el curso del río, aquel río manso, que atravesaba con humildad la llanura castellana, en la que reinaban

una paz y un sosiego inmensos, después de la lluvia pasajera; paz y sosiego solemnes que se adueñan del paisaje cuando la tarde va declinando hacia su ocaso.

Pensé que tal vez aquel día algunas almas habían cobrado una paz semejante: acaso Agustín, acaso su madre.

Y veía a Agustín con expresión de calma en el rostro pálido, de palidez que aumentaba el negro de la sotana, perder la mirada de sus claros ojos, llenos de manse-dumbre, en la lejanía violácea de la sierra, que apenas destacaba sobre el cielo.

Luego se volvió a mí:

—Todo estuvo muy bien, Javier.

—Sí, muy bien; me conmoviste: estabas muy guapo.

—No es eso, no es eso, Javier —me dijo impaciente—; me refiero a la comida: se veía en ella tu buen gusto de mundano, tu espíritu parisién.

—Chico, las cosas se deben hacer bien, poniendo en ellas toda el alma.

—Es verdad, toda el alma; y a veces no pone uno, ni aun en las más principales de su vida, más que un poco de ella.

Pensé que era cierto; lo había visto, desde la misa, indiferente a todo, como si su espíritu se hubiera quedado en aquel altar abrumado de flores, en el cáliz resplandeciente, entre las nubes de incienso que se elevaban hasta la alta bóveda de la iglesia.

—¡Cuántas almas vulgares! —dijo—. Me dan deseos de huir muy lejos, muy lejos, donde no viera a nadie.

—¿Ni aun a mí? —le pregunté.

—¡Oh!, a ti, aunque eres mi ángel malo, quisiera tenerte siempre conmigo. Pero tú volverás a las ciudades —dijo con tristeza.

—Sí, volveré; y también volveré después aquí.

—Sí, vete; hay tendencias contra las que no se puede luchar: ya me ves a mí.

—Es que a ti te han vencido sin lucha tu madre y don José.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por qué ha de ser? ¿No te has hecho sacerdote por ellos?

—No, Javier; ha sido porque yo he querido.

—Porque has sido débil y cobarde, y porque has temido la lucha de la vida —repuse, resumiendo mis reflexiones.

—¡Quién sabe! —y hundió los ojos en la lejanía serena, en aquel paisaje de paz y neblinas de ocaso.

Vi los álamos que anunciaban el río manso recortar su silueta sobre la gigantesca fogata del sol poniente, aquellos álamos erguidos y trémulos.

Y, a pesar del ruido de los coches, oí las campanas de las iglesias de pueblo, que resonaban en toda la llanura con sonido lleno de apacibilidad y de calma, que

encontraba ecos en las remotas soledades sumidas en la paz del crepúsculo. Y oí también las notas de las esquilas, de sonido cristalino, y que tristes, muy tristes, iban cayendo en el silencio que envolvía el paisaje apacible; silencio propicio a esas mudas oraciones que se levantan en las almas piadosas, inconscientemente, ante la solemnidad de la naturaleza; silencio que interrumpía el rodar de los coches en que iban aquellas personas indiferentes, con la melancolía de lo concluido. La fiesta había pasado; ya Agustín era sacerdote.

Había visto consumarse todo.

Y en aquel camino, viendo la rojez del sol tras los chopos del río, y oyendo las campanas, que llenaban de melancolía el paisaje crepuscular, me acordé, y creo que Agustín también, de aquella tarde en que volvíamos hacia el pueblo con los de Olmedilla, y pienso que también él recordó a Ina; al menos a mí me parecía verlos a los dos, llevando entre ambos, de la mano, al más pequeño de los niños, mientras ahora la realidad los había separado para siempre.

Mis conocimientos psicológicos, aquéllos de que yo me vanagloriaba, eran inútiles en aquel momento. Agustín estaba impenetrable; así se lo manifesté; mas él sonrió y no pude saber si era feliz.

¡Feliz!, he aquí una palabra que le pareció inadecuada. ¿Podía él ser feliz? ¿Podía serlo alguien en el mundo?

Me aterrorizó esa exclamación de escepticismo al principio de la vida.

Y ya los coches estaban cerca del pueblo. A poco entramos en él, con terrible estrépito, sobre el vetusto empedrado de las callejuelas.

Los amigos siguieron a sus casas y nosotros entramos en nuestro añoso caserón con los parientes. Entonces, cada uno se retiró a sus habitaciones, y yo terminé el día, empezado por aquel supremo acto religioso, leyendo las cartas que me llegaron desde París, y sacaba de ellas la suprema manifestación que desde lejos podía llegar hasta mí, del torbellino de aquella vida parisina.

Marguerite Duquesne estaba en Nueva York con un multimillonario; Ivonne Ivanowsky, la mujer de Alejo Mirsky, se divorció de éste por el motivo pueril de una cuenta del modisto; Loulou Leblanc perdía en las apuestas de las carreras de Auteuil; Paul Desvilliers, el literato, que por amar la vida descrita por Henri Murger, vivía miserablemente en el Barrio Latino, había resuelto su problema con la publicación de su libro *La verdadera vida*, un delirio futurista. A Jean Beaumont, el escultor amigo mío, le rechazaron en el Salón su escultura, *Abandonada*, y había querido suicidarse, pero luego pensó que mejor era no hacerlo; y a Armand Viardot, el pintor que reproducía tipos de Folies-Bergère, le premiaron un cuadro, de impresión modernista, en el que

había un contraste de luz artificial con las últimas luces diurnas, que decían era admirable, hecho con ingenuidad y sin amaneramientos.

Un instante permanecí envuelto en las ráfagas que me llegaban desde París, y luego pensé en el contraste que todo esto ofrecía a mi vista con aquella casa apacible, con la quietud del pueblo castellano, y me pareció que aquellos recuerdos de París evocados en las cartas pugnaban con la paz santa de aquel día, como las luces artificiales con los últimos resplandores del sol en el cuadro de mi amigo.

Contemplé dos fotografías que me enviaron de allá: una del cuadro de Viardot y otra de la escultura de Beaumont, que habían rechazado, según me escribía él mismo, por intrigas de envidiosos; era una figura de mujer que avanzaba llevando un niño escuálido de la mano; inclinaba la mustia cabeza sobre el pecho y las ropas se ceñían a su cuerpo como por una ráfaga de aire, dibujando un desnudo irreprochable; habíanle puesto defectos de ejecución que yo conceptué de inexperiencia; tal era *Abandonada*, la escultura de mi amigo, que atrajo a mi mente el recuerdo de otra abandonada, de Ina, a la que habían rechazado, como a la escultura, por intrigas de almas ruines, y a la que veía avanzar sola, envuelta en el torbellino de la vida.

XIII

Algunos de aquellos invitados regresaron el siguiente día a sus pueblos, y los que quedaron con nosotros dedicaron su tiempo a pasear por la ciudad y sus alrededores.

En la antigua casa volvió a reinar aquel silencio clausttral que se extendía a lo largo de los pasillos solitarios: un silencio enorme, profundo, lleno del aroma de las madreselvas, que penetraba por los balcones abiertos sobre el jardín, también silencioso.

Yo observaba a mi tía, la noble doña Damiana Soldevilla, que pasaba los días errante por los inmensos salones del caserón.

No podía yo saber si ella era feliz. Veía siempre en sus manos finas, enredado entre sus dedos, el hilo de cuentas negras del rosario, y en sus labios blancucinos esbozada siempre una sonrisa de tristeza indefinida.

Y así se le veía siempre, en las largas horas que Agustín pasaba fuera de casa en las funciones de su ministerio.

Sólo cuando él regresaba acentuábase más aquella sonrisa en sus labios.

Unos días después de aquél en que Agustín cantara su primera misa, después del almuerzo, estaba yo en el balcón del comedor silbando el estribillo de unos *couplets*, mientras planeaba *in mente* mi regreso a las ciudades, el abandono del pueblo donde me hastiaba ferrozmente, y el retorno a mi bufete de Madrid, donde se desarrollaba una vida de negocios en extremo lánguida, con harto pesar mío, para quien las rentas de los bienes del pueblo eran bien exiguas.

Envolvíame como en extraño ambiente el aroma de las madre selvas y las acacias en flor, tan distinto del ambiente artificial de las grandes ciudades.

Una vez bien ordenadas mis ideas, quedeme en grata contemplación del jardín. A través de los álamos llegaba hasta dorar la verde superficie del estanque, el sol. Los rosales estaban llenos de hermosas rosas. El follaje de las acacias se agitaba incesantemente por el revuelo de los pájaros entre sus ramas; yo veía sobre el césped las manchas de oro del sol a través de la fronda; regocijábame la alegre mañana, de modo inenarrable, con una suave apacibilidad, un sosiego, y una vaga melancolía que no podía explicarme.

Y oía cantar a una de las criadas con voz ingenua, mientras llenaba un cántaro en el chorro rumoroso

de una fuente que se adivinaba en el fondo del jardín, oculta por el follaje de las enredaderas y los rosales, exuberantes y florecidos.

En esto se acercó a mí, saliendo al balcón con su paso menudo y el encorvamiento de su torso, agobiada por su propia debilidad, mi tía. Su eterna triste sonrisa entreabría sus labios, y sus delgadas manos temblequeaban con la emoción que la invadía, y que no trataba de ocultarme.

—¡Hola, tía! —dije, queriéndole comunicar la alegría que intencionadamente le fingí—. ¡Qué mañana tan espléndida!

—¡Hermosísima, Javier! —dijo.

—Hoy está usted mejor; tiene más animado el semblante —díjele.

—¡Ay!, no, Javier; cada día estoy peor; voy para abajo, para abajo.

—Pero ya que Agustín es sacerdote, que es lo que usted deseaba, ahora que empieza esa nueva vida, no decaiga usted. ¿No creía que esto sería la dicha de los dos? No defraude usted sus propias esperanzas.

—Bien sabe Dios que soy dichosa, todo lo que se puede ser en la vida, y que creo que mi hijo lo es también; pero soy débil, y siempre me siento triste; hay momentos en que, sin saber por qué, quisiera huir lejos, muy lejos, donde no viera a nadie; porque tú no lo puedes comprender, pero soy muy débil...

Me estremecí al oírle repetir las mismas palabras que a su hijo.

Y la vi, en silencio, contemplar los rosales, cubiertos de rosas, con sus ojos de mirar vagaroso, dulces, como los de Agustín.

—¡Qué lindo está el jardín —dijo— desde que tú viniste! Antes lo teníamos olvidado, abandonado. Parece algo, ya muerto, que hubiese revivido.

Y pensé que sólo fue el jardín lo que yo pude volver a la vida; en cambio, las almas, a las que yo anhelé infundir valor y energías, fueron irreformables.

Y contemplaba a mi tía, en el reconcentramiento egoísta de su debilidad.

—Javier —me dijo—, estoy tan agradecida a Dios y a la Virgen porque atrajeron a sí a mi hijo, que no sé cómo demostrárselo; así es que he dispuesto, en unión de mis amigas, que esta tarde, hoy sábado, se cante en la iglesia mayor una salve a la Virgen. Hay aquí una señorita que canta muy bien; no sé si la conoces: es Lolita Sanz; ella se ha ofrecido a cantarla; tú irás también, ¿verdad?

—Sin falta, tía.

—Pues mira, corta todas las flores que haya en el jardín y mándalas a la iglesia.

Y ella se internó a lo largo de los pasillos, y yo, acompañado de una criada, que llevaba una cesta, des-

cendí al jardín, despojando con la podadera, despiadadamente, las plantas y llenando la cesta de flores con verdadera generosidad.

XIV

Al entrar en la iglesia doña Damiana, Agustín y yo, vino a nuestro encuentro una señora envuelta en negra mantilla y toda enrojecida por la fatiga, enrollando nerviosamente el rosario a su muñeca, y dijo a la madre de Agustín con aire angustiado:

—¡Ay, Damiana, amiga mía, usted no sabe! Lolita Sanz se ha visto esta tarde repentinamente atacada por una ronquera que le impide cantar. Ya ve qué contratiempo. ¡Dios mío! Si supiera usted qué sofocón me he llevado... Como era imposible volver atrás, ha habido que buscar quien la sustituyese, y me han dicho que la única capaz de cantar tan bien o mejor que Lolita es Paulina Olmedilla...

Agustín frunció ligeramente las cejas, y las manos temblorosas de mi tía entrechocaron tan violentamente que las cuentas de su rosario resonaron. No dijo nada y dejó hablar a aquella señora, que continuó diciendo:

—Y a casa de esa señorita fui, y le rogué que cantara; aunque hubiera sido de rodillas se lo hubiera pedi-

do; y ella, la pobrecita, a pesar de estar tan atareada con su viaje a Madrid, ha aceptado. No tardará ya en venir. Yo no consulté nada con ustedes porque no había tiempo que perder; en fin, todos me aseguran que ganamos en el cambio.

Doña Damiana no contestó. Entramos en la iglesia y nos dirigimos a nuestros asientos. Un monaguillo encendía lentamente las velas del altar mayor, en torno de la imagen de la Virgen; oí el ruido de una garrucha y vi elevarse, oscilante, una araña de cristal llena de velas encendidas, que parpadeaban con parpadeo de estrellas, y quedó en la altura, siempre oscilante, pendiente del centro de la bóveda, como un astro entre sombras.

Paulatinamente se iba iluminando la iglesia; veía los oscuros bultos de los fieles cruzar las naves silenciosas, y a poco vi casi lleno todo el recinto y oí un vago murmullo de rezos quedos.

Agustín permanecía arrodillado; me pareció tranquilo; pero luego, cuando el órgano preludió las vagas armonías de la salve, lo vi ponerse pálido y sus manos se estrecharon cruzadas y apoyadas en el reclinatorio.

En la altura de la bóveda, donde días antes yo creí oír aleteos de alas luminosas, oía ahora la voz de Ina, una voz plena y armoniosa, en que había vibraciones llenas de ternura; yo sabía que cantaba, pero nunca la

había oído. Entonces me produjo estupor, un asombro que se tradujo en pena profunda, porque atribuí el prodigio de su voz al estado de excitación en que debía ella tener los nervios, a uno de esos milagros psíquicos eminentemente femeninos; porque ella, la que tan hondamente había amado a Agustín, cantaba aquella salve con todas las vibraciones de su alma exquisitamente delicada, en acción de gracias a la Virgen, a que él se había consagrado por completo.

Me sentí hondamente conmovido; jamás he estado tan cerca de la fe. Las notas claras, sentidas, impregnadas de lágrimas, resonaban en la altura, y luego descendían cadenciosas hasta el altar, lleno de flores y luces, donde estaba radiante la Virgen Madre, sonriendo con expresión de divina y eterna dicha, coronada por una corona de pedrería que rebrillaba fulgurante.

Y vi a Agustín inclinarse sobre el reclinatorio. Parecía que las notas cristalinas que iban descendiendo sobre él con todo su encanto místico y arrobador lo abrumbaban; y se fue doblegando hasta hundir el rostro entre las manos.

Algunos creerían que era un efecto de su piedad; pero yo pensé que acaso triunfaba de nuevo su debilidad. Y las últimas notas del canto, con un temblor de lágrimas, se apagaban en la altura de la bóveda, se extinguían en el altar lleno de flores y de luces radiosas; y

Agustín permanecía inmóvil, con el rostro entre las manos; y luego, cuando al fin irguió la cabeza, vi sus ojos tan luminosos que no pude dudar de que si brillaban tanto era porque en ellos había lágrimas.

Y me acordé de aquella noche en que, juntos en el balcón lleno de madre selvas aromosas, oíamos a Ina tocar al piano aquel nocturno que se perdía entre las frondas rumorosas del jardín, bajo el parpadeo diamantino de las estrellas.

Cuando todo terminó y salimos de la iglesia, vimos a Paulina acercarse a nosotros. Estaba muy pálida bajo su mantilla negra. Entonces doña Damiana hizo lo que debía: se acercó a ella, y estrechándole las manecitas, que yo pensé que debían estar heladas, le dio las gracias, que ella le devolvió con frases breves y dignas, en las que había una tranquilidad de alma y una fuerza de espíritu que me asombraron; y nos hizo saber que al día siguiente partía para Madrid con sus hermanos.

Agustín hizo un esfuerzo supremo, heroico, y estrechó también la mano de la joven, que prestamente, antes que él lo pudiera evitar, se inclinó y besó aquella otra mano, ya consagrada, que estrechaba la suya.

Y así se separaron para siempre.

NOTICIA DEL TEXTO

Todavía muy joven, y mientras residía en España, Jesusa Alfau Galván dio a conocer *Los débiles* (Madrid, Imprenta Artística de José Blass, 1912).

La segunda edición de esta novela corta (Nueva York, Prentice-Hall, 1930), de la cual se desprende la presente, circuló durante la estadía de la autora en Wisconsin (1920-1937). Su editor, el hispanista J. Horace Nunemaker, del Departamento de Lenguas Extranjeras del State College of Washington, preparó el prólogo y anotaciones en inglés, así como cuestionarios y ejercicios para estudiantes intermedios y avanzados de los cursos de español de ese instituto.

A partir de la segunda edición de *Los débiles*, Daisy Cocco De Filippis preparó *Como los crisantemos lila: obra escogida de Jesusa Alfau Galván de Solalinde* (Nueva York, Ediciones Alcance, 2000); el volumen también incluye algunas crónicas: colaboraciones enviadas por la autora al semanario *Las Novedades* (Nueva York, 1916-1918).

JESUSA ALFAU DE SOLALINDE
TRAZO BIOGRÁFICO

El padre de Jesusa Alfau Galván, el dominicano Antonio Abad Alfau Baralt (1847-1919), fue un destacado militar, político y abogado, además de pintor y escritor. Con su primera esposa, la española Encarnación Pérez Fiol, procreó a María y Carmen Alfau Pérez, quienes contrajeron nupcias con los hermanos Manuel de Jesús y Luis Arturo Galván Velázquez, a su vez, hermanos de la segunda cónyuge de don Antonio: Eugenia Galván Velázquez (1864-1940). Jesusa fue nieta de Manuel de Jesús Galván (1834-1910), autor de una de las novelas más conocidas de la literatura dominicana, *Enriquillo*.

Nuestra autora tuvo una vida de constantes viajes: nació en Vigo, Galicia (1890), más tarde, regresó con su familia a Santo Domingo, donde vivió algunos años de su niñez. Sin embargo, la mayor parte de su vida transcurrió entre España, Estados Unidos y México, país donde falleció en 1943.

A los dieciocho años escribió *Los débiles*, publicada hasta 1912 en España. La segunda edición de esta obra

(Nueva York, 1930) fue adaptada, por J. Horace Nune-maker, como texto didáctico para estudiantes de español. El aprecio de Alfau por la tierra vasca se vio reflejado en diversos cuentos y artículos, como “Nostalgias” y “La oración de la viejecita (cuento vasco)”, publicados en la revista *Euskalerrriaren Alde* en 1912.

Arribó a Estados Unidos en compañía de su hermano menor, Felipe Alfau (1902-1999), también escritor y autor de *Locos: A Comedy of Gestures*, novela escrita en inglés, como la mayoría de su obra, y editada en 1936. Jesusa radicó en Nueva York entre 1916 y 1920, después viajó a Wisconsin, donde permaneció hasta 1937; posteriormente, se mudó a México.

Durante su estancia en Norteamérica, publicó crónicas y artículos para el semanario *Las Novedades*, editado en español e inglés y dirigido por su padre entre 1916 y 1918. Sus colaboraciones, ilustradas por ella misma, abordaban la crítica de arte y temas sociales, de los cuales destacan “Visiones del norte”, “El amor de las estrellas” y “Thanksgiving”. Para 1917, colaboraba como corresponsal para la revista mensual *Los Ciegos*, en cuyas páginas se dio a conocer su artículo “La luz de las sombras”, publicado en diciembre de dicho año.

Participó en el diario *La Prensa*, escrito en español; asimismo, obtuvo, en 1919, el primer premio en

los Juegos Florales llevados a cabo en el Carnegie Hall, concurso auspiciado por el mismo diario.

En Wisconsin se dedicó, en compañía de su esposo, el hispanista Antonio G. Solalinde (1892-1937) —de quien adoptó el apellido—, a una copiosa labor de investigación filológica y pedagógica, sobre todo, de la cultura medieval española. Impartió, incluso, cátedras de estas materias en la universidad de dicho estado.

Durante esa época, ilustró el libro *El abencerraje, según Antonio de Villegas* (Chicago, 1927) y *Lectura y conversación para principiantes*, escrito por Samuel Abraham Wofsy (Nueva York, 1929).

Posiblemente uno de sus últimos trabajos publicados antes de su fallecimiento fue el artículo “El barroco en la vida de sor Juana”, editado en 1943 por la revista *Humanidades*, órgano de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. *La gran enciclopedia vasca*, en su segundo volumen, recuperó el artículo “Los vascos en el Far West” (1966). Debido al deceso de Alfau, su obra *Nomenclatura de los tejidos españoles del siglo XIII* quedó inconclusa; su sobrino, Antonio Gobernado de García, tradujo el texto al español y la Real Academia de la Lengua Española se encargó de editarlo en 1969.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Andrea Jiménez

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Alan Cabrera



Los débiles se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 1 de mayo de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de BRAULIO AGUILAR. La edición estuvo al cuidado de JOSHUA CÓRDOVA.